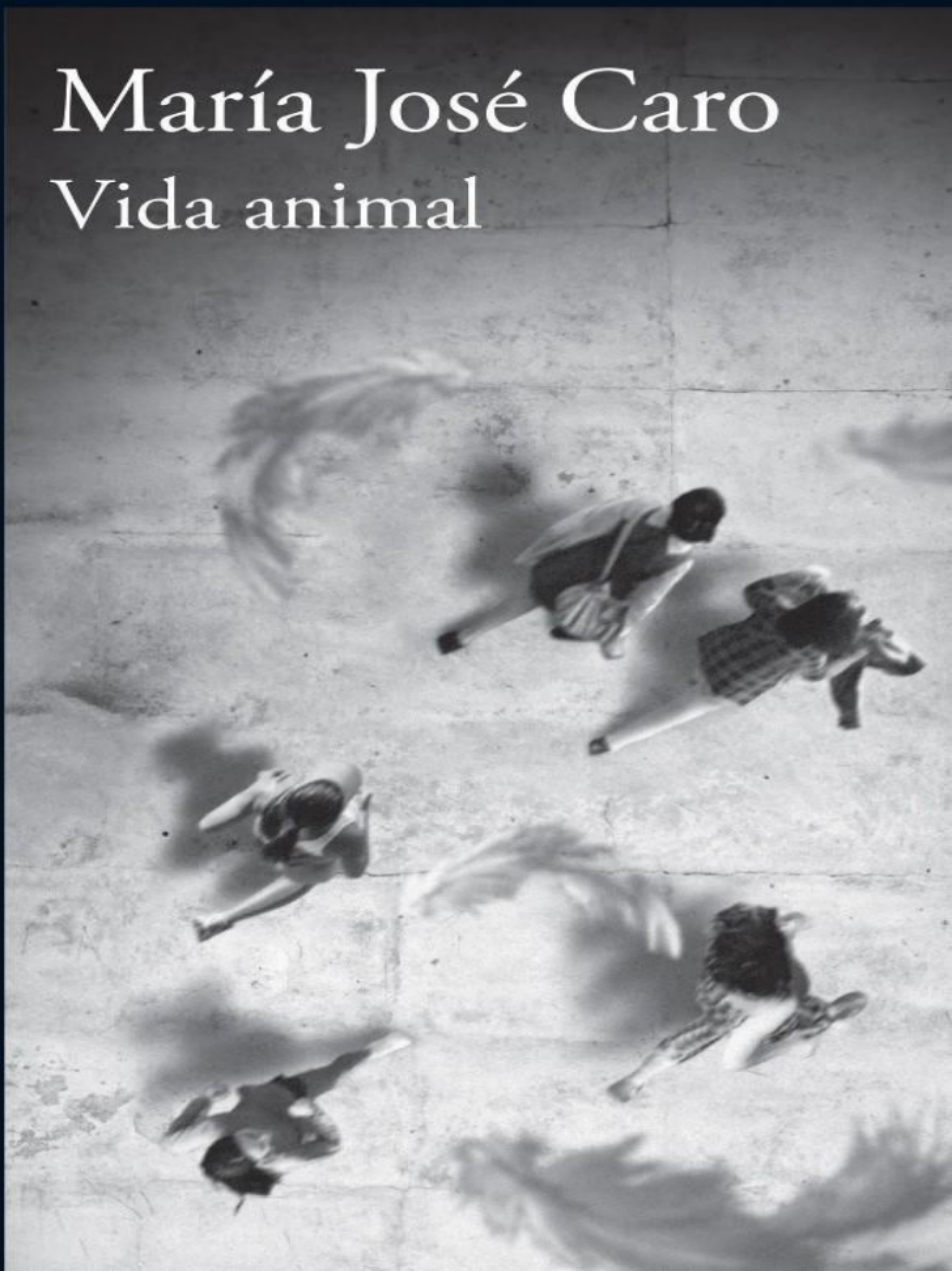
ALFAGUARA

María José Caro

Vida animal



Narrativa Hispánica

María José Caro

Vida animal

ALFAGUARA

Síguenos en
Penguin Perú

Penguin Perú

@penguinlibrospe

@penguinlibrospe

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.

Legal
Sobre la autora
Sobre este libro

A Benjamín y Juan Carlos, frente a los barcos de Ancón

(+) amor
(-) odio
(x) siempre
(/) nosotras

«Las palabras nunca dicen lo que queremos decir con ellas».

Jonathan Safran Foer

1.

Conocí a Daniela primero que a las demás. Recuerdo que era 1996 porque aquel año mi padre se volvió a casar. Fue un matrimonio a escondidas o, mejor dicho, a escondidas de mí, durante un viaje de fin de semana a Cusco del que nunca supe mayores detalles. A mis diez años no tenía amigas de verdad. Deambulaba en los recreos junto a dos niñas del salón con quienes solamente compartía silencio e inseguridad. No nos llamábamos por teléfono, tampoco nos visitábamos. Era un vínculo funcional y transitorio, gatos callejeros que se encuentran y acompañan.

Daniela llegó a cuarto B a mediados de abril, un mes después del inicio de clases. Cargaba una mochila de jean en el hombro y una lonchera brillante de los Power Rangers. Nunca nos había tocado en la misma sección, aunque la reconocía del recreo: demasiado alta para su edad, el pelo negro agarrado en una media cola ajustada. Se sentaba en las gradas verdes que daban al patio central del colegio, siempre acompañada de otras tres niñas. Jugaban a los jaxes o intercambiaban taps, conversaban y reían escandalosamente. A Daniela le asignaron una carpeta al lado de la mía. «Niñas, pónganse de a dos para comentar la lectura». Empezó a hablar ni bien acercó su silla. Me contó que el día anterior había vuelto de España junto a su hermana. Que su madre tuvo que regresar antes a Lima, así que les tocó viajar solas en un vuelo de doce horas en el que una aeromoza se encargó de cuidarlas y cumplir sus caprichos. *Kits* de aseo de primera clase, dulces y libretas para dibujar. Daniela permaneció cerca de dos meses en Valencia visitando a su padre. Pasearon por el museo, la playa y lo ayudaron a instalarse en un pequeño departamento cerca de la plaza de toros.

—Mi papá se fue primero, pero volveremos los cuatro. Ese es el plan.

Me sorprendió la seguridad con la que hablaba. En mi familia, mi madre no daba explicaciones y las decisiones de papá tenían que ver

con no enfrentarse a ella. Cancelaciones a última hora, mentiras acerca de un dinero que llegaba tarde o incompleto. Al principio pensé que mi padre lo hacía para rehuir de los reclamos de mamá, pero gracias a la boda secreta entendí que su cobardía era una respuesta ante el mundo.

—Mira lo que traje de allá —dijo Daniela, cambiando de tema.

Abrió su mochila, rebuscó dentro y sacó un huevo azul.

—Es una mascota virtual.

En la pantalla, un conejo rudimentario caminaba de ida y vuelta, levantando las patas en señal de protesta.

—Ya le toca comer —dijo y extendió la mano para alcanzarme el juguete. Me enseñó a alimentarlo, a vestirlo, a bañarlo, a acariciarle las orejas presionando un botón.

Nos hicimos amigas muy rápido. Conversábamos durante las clases sin prestar atención a lo que sucedía en la pizarra. Hablábamos acerca de los programas que veíamos en la tele y también sobre nuestros hermanos, que por ser adolescentes parecían tener vidas más entretenidas. La hermana de Daniela fumaba a escondidas y confeccionaba camisetas de fútbol con los cartones de las cajetillas usadas. Mi hermano cambiaba de novia cada semana. Chicas que no presentaba en casa y de quienes me enteraba solamente porque terminaban la relación por teléfono. Antes de la llamada final me advertía que no descolgara el auricular y luego se encerraba en su habitación. Me podía dar cuenta de a qué chicas quería por la manera en que reaccionaba después de colgar el teléfono. Si le afectaba, iba al jardín de la casa y quemaba su frustración pateando una pelota contra la pared de ladrillos. Volvía a su dormitorio sudado y sin energías, listo para tumbarse en su cama.

Antes del cierre del primer bimestre, Daniela me invitó a pasar el recreo grande con ella.

—Ya les avisé a las demás y no hay problema.

Cuando llegué a las gradas verdes, Paloma, Giuliana y María Luisa ocupaban sus lugares habituales; detrás de ellas aparecía el reflejo de un ficus que cada año era podado por completo para crecer de nuevo. Sus hojas nunca crecían igual, cada florecimiento era como una

oportunidad de ser un árbol distinto ante nuestros ojos. Giuliana llevaba entre las manos una baraja de naipes. Recuerdo sus medias verdes perfectamente alineadas a los pliegues de la falda.

—Vamos a jugar Ocho Loco. ¿Está bien? —me preguntó.

Asentí por inercia. Me acomodé entre Daniela y Paloma sin saber que aquella escalera de cemento opaco se convertiría en mi territorio durante cada recreo hasta terminar la secundaria. Cuando Giuliana repartió los naipes hice todo al revés. Me dediqué a pasar de turno y a acumular las cartas sobre mis piernas.

—Nunca has jugado, ¿no? Mejor míranos y entras en la siguiente ronda —soltó Paloma con ligereza.

Devolví los naipes y las observé con la atención de un niño que visita un acuario por primera vez. La nariz pegada en el vidrio, los ojos muy abiertos contemplando el movimiento de los peces. Giuliana vigilaba cada turno de la partida; no permitía demoras ni arrepentimientos. María Luisa se concentraba en sus propias cartas como un gurú solitario, mientras Paloma y Daniela me explicaban las reglas del Ocho Loco. No presté atención, hasta hoy no me gustan los juegos de naipes. Preferí concentrarme en ellas y en las niñas de primero o segundo de primaria que revoloteaban a nuestro alrededor, jugando a las chapadas. Giuliana ganó la partida en menos de diez minutos.

—Ahora sí, entramos todas —ordenó, mirándome fijamente. Repartió las cartas y mi desastre se repitió.

—Por fin apareció alguien peor que yo —exclamó Paloma, riendo.

Giuliana soltó un suspiró hondo, abrió una bolsa de *snacks* y la colocó en medio del grupo como ofrenda.

—Cada día irás mejorando —dijo aliviada.

Tomé un par de palitos de queso y levanté los hombros. Giuliana barajó las cartas una vez más. Allí, junto a ellas, bajo la débil sombra de aquel ficus camaleónico empecé a entender qué significaba ser parte de algo.

2.

Daniela y yo somos las primeras en llegar al punto de encuentro, un minimarket de grifo ubicado al final de la avenida Javier Prado. Recorremos los pasillos en busca de lo que quedó pendiente de la lista de compras. Hielo, *ginger ale*, cervezas y papas fritas. Pagamos los productos y nos acercamos al dispensador de café. Un armatoste de aluminio que promete el mejor grano arábica por cinco soles y con opción de *refill*. Relleno mi vaso al límite, el líquido se desborda, se impregna en el cartón y me quema el pulgar. Nos sentamos en el único lugar disponible, una mesa coja cuyo equilibrio depende de un pedazo de servilleta. Según el GPS, si María Luisa y Paloma no tardan más de quince minutos, llegaremos a Chaclacayo en una hora. Daniela bebe un sorbo largo de su café y luego me pregunta:

—¿Has sabido algo más de Giuliana? ¿Ya le dieron el alta?

A pesar de que vive en España, el acento de Daniela ha cambiado muy poco. La delatan ciertas palabras y su jerga limeña que se quedó suspendida a inicios de los dosmiles.

—No sabemos mucho más. Solo que ya salió de la clínica —le digo.

Cada vez que alguien nombra a Giuliana la imagino en la mañana de su colapso. Puedo verla sentada en medio del parque; la espalda apoyada contra una banca, los ojos resplandecientes por el vino. Vestida con ropa de deporte, las zapatillas impecables, sin restos de tierra en los pasadores. Fue su hija quien la reconoció: «Papapa, allí está mi mamá». El padre de Giuliana frenó en seco. Una nueva realidad emergía de un cascarón como un pichón enfermo: su hija, la botella entre las piernas, el pelo revuelto, la mirada puesta en cualquier lugar. «Andreíta, espérame aquí». Giuliana se levantó bruscamente al ver a su padre. Lo poco que quedaba de vino se desparramó sobre el cemento hasta alcanzar sus zapatillas. La internaron unos días después. O al menos esa es la versión que le llegó a María Luisa mediante un grupo de WhatsApp del cual no formo parte.

Daniela desbloquea su teléfono e ingresa al perfil de Facebook de Giuliana.

—¿Qué puede haber pasado para que termine así? —dice en un lamento.

Miramos sus fotos más recientes. En la primera aparece junto a su hija a la orilla del mar. El cielo claro, los ojos de la niña apenas entreabiertos a causa del sol. Luego la vemos vestida de oficinista, acompañada de otras mujeres a inicios de sus treinta, el pelo sujeto en un moño alto. La siguiente foto es un *selfie*. Giuliana y un tipo de barba negra y cejas tupidas que sonríe mostrando los dientes. No hay etiquetas ni comentarios, pero sí setenta y dos «Me gusta» que indican aprobación popular.

—¿Será su flaco? Se parece a Juan Diego —suelta Daniela mientras hace *zoom* en sus rostros.

Mi teléfono vibra sobre la mesa. María Luisa y Paloma están aquí. Las veo acercarse a la entrada del minimarket, arrastran el *cooler* lleno de provisiones como si se tratara del peso muerto de un animal. María Luisa viste un sastre azul, lleva el pelo castaño suelto y el rostro ligeramente maquillado. De mis amigas, Paloma es la que menos cambia físicamente con el paso del tiempo. Nariz recta, cejas pobladas, el cabello ondulado cortado en capas. Daniela se levanta ni bien las reconoce, toma un sorbo de café, hace una mueca de disgusto y abandona el vaso a medio beber sobre la mesa. Endulzar el café con edulcorante siempre es una muy mala idea. En cuestión de segundos, mis tres amigas se abrazan en la puerta del local. Después, llegan las miradas de reconocimiento, la búsqueda del paso del tiempo en los rostros ajenos y una seguidilla de comentarios que no logro procesar. La voz y los movimientos de Paloma sobresalen del resto. A pocos metros, dos hombres en la fila para pagar se ríen de mis amigas. Siento rabia, pero también un poco de vergüenza. Recojo mis cosas al vuelo y voy tras ellas.

Es una regla universal que quien conduce el auto elige qué música poner o eso es lo que intento explicar apenas nos movemos rumbo a Chosica.

—Ni cagando —reclama Paloma—. Tú escuchas música de

supermercado.

Entonces vuelvo a las pocas cosas que aún nos unen: elijo una *playlist* de inicios de los dosmiles. La música que oíamos justo antes de que Daniela por fin se mudara a Valencia y de que Giuliana se alejara del grupo. Euforia, Spice Girls, Chichí Peralta, el *cover* de Wheatus de *A Little Respect*. Las canciones del final de nuestra adolescencia y el inicio de la incertidumbre.

María Luisa revisa la lista de pendientes del fin de semana. Compras de última hora, un *router* de internet móvil, globos, platos descartables, sombreros y polos temáticos. Paloma inspecciona la bolsa que descansa entre sus pies y le entrega a Daniela una gorra negra con la palabra «Novia» bordada en letras fosforescentes. Luego, estira el brazo para subir el volumen de la música. Suena *Corazón* de Los Auténticos Decadentes. «*Yo no soy tu prisionero y no tengo alma de dolor*», canta María Luisa. «*De robot*», corrige Paloma. Leí en un estudio que pasados los treinta dejamos de explorar nueva música. El repertorio se acorta, volvemos a las mismas canciones una y otra vez. Nuestros cerebros nostálgicos se obsesionan por recordar.

Daniela se asegura la gorra en la nuca y gira el rostro hacia María Luisa.

—Ahora sí, cuéntame bien qué le pasó a Giuliana. ¿Hay novedades? —pregunta.

María Luisa despega los ojos de la lista de pendientes. Dice que no sabe mucho más, solamente que salió de la clínica y se mudó de vuelta con sus padres. Se refugió en la casa de paredes azules y rejas en las ventanas que visitamos tantas veces siendo chicas y que hoy luce insignificante rodeada de edificios. María Luisa repasa nuevamente la escena en el parque: Giuliana, la botella en el piso, los ojos desorbitados, la mueca de espanto al ver a su padre. Luego cambia el foco del relato hacia Andreíta, su hija y el retortijón en el estómago que la obliga a terminar el paseo junto a su abuelo antes de tiempo. Veinte minutos más y nada pasaba. Sería un día más en que la niña volvía a casa y encontraba a su madre todavía vestida con ropa deportiva. El rostro limpio de sudor, los dientes de un tono violeta que no lograba comprender. La misma escena que se repetía todas las

semanas después de cada visita al gimnasio o salida a correr. Andreíta saludaba al vuelo a su madre y se encerraba en su cuarto. A veces la escuchaba llorar, otras veces sentía sus pasos por el departamento. De ida y vuelta, una y otra vez, como un hámster de jaula.

—Nadie sabe en qué momento Giuliana empezó a mentir. Parece que ni siquiera estaba matriculada en el gimnasio —dice María Luisa, engolando la voz.

—Pobre Andreíta —se lamenta Paloma mientras baja la ventanilla del auto.

—¿Qué haces? Tengo prendido el aire acondicionado.

—Un toque nada más. El ambiente está muy cargado.

Un limpiador de vidrios se acerca al auto; lleva un trapo viejo y un rociador de líquido entre las manos. Dispara en el parabrisas antes de que pueda responderle. Paloma sube su ventana en cuestión de segundos. El hombre limpia a toda velocidad, olas tornasoladas de detergente y agua que van y vienen.

—¿Quién tiene sencillo?

—Yo te doy —dice María Luisa, entregándome una moneda de dos soles.

Bajo la ventana unos centímetros hasta convertirla en una rendija de correspondencia. El hombre recoge el dinero en el aire y sigue su camino. Desaparece en la marea de personas que avanzan hacia la entrada del zoológico de Huachipa. Me cuesta imaginar la cantidad de animales que viven allí. Jirafas, avestruces, monos, pingüinos. Animales de ecosistemas opuestos varados a medio camino entre Lima y Chosica. Desde afuera, el lugar podría confundirse con un botadero industrial. Conozco el zoológico desde antes de que llegaran los animales porque mi padre participó en su construcción a mediados de los noventa. Lo acompañaba algunos domingos a visitar la obra. Comíamos en cualquier *fast food* y luego enrumbábamos hacia la Ramiro Prialé. Cuando llegábamos al zoológico, papá se detenía frente a los obreros y cambiaba el tono de su voz. De pronto, sonaba como un instructor de escuela militar. Señalaba con el dedo, comprobaba y pesaba las cantidades de cemento utilizadas en las mezclas, amenazaba con despidos colectivos. Frente a ellos era una persona

completamente distinta a la que yo conocía.

La voz de Daniela me trae de vuelta al auto.

—Juan Diego, qué tal imbécil. ¿Cómo pudo durar tanto tiempo con él? ¿Se acuerdan cuando la dejó tirada en el McDonald's? Le pidió un combo y la sentó en una mesa después de haber estado chupando en La Barra porque no quería que su mamá le echara la culpa.

—Puta madre. No tengo las llaves de la casa —exclama Paloma a la vez que rebusca en su cartera.

—Las tengo yo. Me las diste en el taxi de camino al grifo —responde María Luisa, que enseña un llavero del que se descuelga una pata de cuy para la buena suerte.

El cielo se aclara casi de forma automática mientras atravesamos la carretera que nos dejará en Chosica. La casa del abuelo de Paloma está en El Refugio, una pequeña urbanización de construcciones de cemento y madera en la ladera de un cerro, que por momentos parece una versión tercermundista de un pueblo suizo. Cuando éramos chicas solía ser la casa de campo de la familia de Paloma hasta que murió su abuela y se convirtió en el escondite que su abuelo elegía para pasar todos los febreros.

—¿Cuál es el plan? ¿Vender la casa u ofrecerla por Airbnb? —le pregunto.

—Por el momento, alquilarla. Pero hay varias cosas por arreglar. Es difícil venderla, no olviden que mi abuelo amaba su casa. Pocos días antes de morir fue a visitarla. Estoy segura de que quería despedirse porque sabía que ya se moría.

El resto del camino nos dedicamos a lanzar teorías sobre la situación de Giuliana. Para mí, el colapso tiene que ver con la forma como manejó su personalidad insegura: la proyectaba a los demás como un exceso de confianza y sus ganas de llamar la atención. Según Paloma, el problema es que todo lo hizo muy joven. Casada y con hijo a los veintidós años. Daniela culpa sobre todo a Juan Diego. Hablamos de Giuliana convencidas de que aún conocemos su esencia. Como si la infancia fuera el estado natural y lo que viene después, pantomima o traición.

Un enorme cartel de letras blancas destartaladas nos da la

bienvenida a El Refugio. Bajo la luz, los cerros lucen mucho más pedregosos que los de Lima. En la *playlist* suena la intro de *I Try* de Macy Gray. La letra regresa a mí desde el rincón de cosas inútiles que guarda mi cerebro. «*Games, changes and fears. When will they go from here? When will they stop? I believe that fate has brought us here*».

3.

Giuliana y yo nunca fuimos verdaderamente cercanas, aunque hacia afuera nos reconocíamos como grandes amigas. Me enteraba de las cosas serias de su vida a partir de lo que contaba en las escaleras verdes o porque Daniela me las decía cuando conversábamos por teléfono cada tarde después del colegio. Hablábamos y hablábamos hasta que mi hermano interrumpía la conversación: «Ya cuelga, carajo».

Mi amistad con Giuliana evolucionó cuando pasamos a secundaria y empezamos a tener amigos hombres. Ella pertenecía al equipo de atletismo del colegio y del Real Club y participaba en competencias de cien metros y carrera de postas, en las que conocía a chicos de nuestra edad. En atletismo la llamaban gacela no solo por su cadencia y técnica al correr, sino también por sus piernas estilizadas y cuello largo que la hacían resaltar entre las adolescentes promedio.

Un viernes, Giuliana nos invitó a su casa junto al chico que le gustaba y su grupo de amigos para celebrar anticipadamente su cumpleaños. La madre de Giuliana pidió dos pizzas y desapareció por la puerta de vaivén que conducía a la cocina. Teníamos quince cuando conocimos a Juan Diego y compañía. Christian, Mariano y los mellizos Villacorta. Mariano, pelo negro y ojos verde pálido, la expresión de un anime triste que llamó mi atención apenas lo vi. El plan de la noche era ver una película. Debíamos elegir entre los videos que habíamos llevado de nuestras casas. Daniela y Paloma se olvidaron por completo de la tarea. María Luisa abrió su bolso y mostró la caja de *American Pie*. Me acerqué a Giuliana y le entregué una copia pirata de *Cielo de octubre*, un drama infravalorado con Jake Gyllenhaal y Laura Dern. Mi consumo de películas se basaba en lo que alquilaba en Blockbuster y en videos piratas de títulos recién estrenados en Estados Unidos que conseguía junto a mi hermano en una bodega de la avenida Raúl Ferrero. Cintas grabadas en el cine con equipos *amateurs,* adornadas por las nucas de los asistentes en el lugar donde debían aparecer los

subtítulos.

—¿Cuál vemos? —preguntó Giuliana, acercándose al televisor.

Todos los votos fueron para *American Pie*. Todos menos el de Mariano, que se miraba la punta de las zapatillas. Giuliana introdujo la cinta en el reproductor de VHS y luego se acomodó en el sofá. Uno de los mellizos abrió su canguro para sacar una botella miniatura de ron.

—¿Se puede?

Giuliana asintió.

—Mis papás ya están en pijama. No van a bajar.

No recuerdo si esa noche de verdad nos emborrachamos o si fue puro disfuerzo, pero a la mitad de la película ninguno prestaba atención. Risas escandalosas mientras Juan Diego y sus amigos nos hablaban acerca de sus borracheras del verano. Mariano se había quedado dormido en el baño portátil de un quinceañero, Juan Diego se había agarrado a golpes con un árbol que confundió con un hombre. Paloma nos salvó de no tener nada que contar recordando la vez en que bebimos una botella de amaretto en la casa de su familia en El Refugio y María Luisa vomitó tallarines bajo un limonero. Cuando terminó la película, Mariano se me acercó.

—Me gustan las películas con astronautas. *Armageddon*, *Apollo 13*. Esa que trajiste parece interesante —dijo, peinándose con la mano.

Quise responderle que *Cielo de octubre* era otra cosa, un filme sobre los sueños y el peso de la familia que me hacía llorar, pero me ahorré explicaciones.

—Sí, es muy buena.

Mariano me agregó a Messenger al día siguiente. Hablamos ni bien me conecté. Esa noche conversamos durante horas. Me contó que tenía tres hermanos y que era fanático de Limp Bizkit y Papa Roach. Para sonar interesante le solté los gustos musicales de mi hermano. Le dije que además de grupos del momento escuchaba bandas como The Doors y Led Zeppelin. Mis canciones favoritas: *The End* y *Stairway to heaven.* La mayoría de las intervenciones de Mariano se acompañaban de un inmediato *jajaja*. Me confesó que unas semanas atrás su padre se había casado con una mujer de veinticinco. Le respondí que el mío se

acababa de divorciar por segunda vez y que, según mi hermano, con esa separación agotaba la cuota de divorcios de su vida. Cuando nos quedamos sin temas por explorar me dijo como un secreto que Juan Diego se le declararía a Giuliana.

¿Tú sabes si a ella le gusta?

Antes de responder cualquier cosa, cogí el teléfono y llamé a Daniela.

—Es obvio que le gusta Giuliana, se la pasó hablándole y mirándole las tetas toda la reunión. Tienes que decirle lo que te ha contado Mariano —me dijo convencida.

—Pero es un secreto.

—Tienes que decirle. Eso hacen las amigas.

Colgué con Daniela y marqué el número de la casa de Giuliana. Me contestó su madre. Cuando Giuliana se puso al teléfono, se sorprendió de escucharme.

—Amiga, qué raro tú llamando por teléfono.

Le conté lo que me había escrito Mariano.

—Qué nervios. Dile que sí me gusta.

Volví al chat sin soltar el auricular, leyendo en voz alta cada mensaje que escribía Mariano. El plan de Juan Diego era declararse el siguiente viernes en Caminos del Inca. Querían ir a jugar *bowling* y luego a tomar cervezas a La Barra.

Mariano dice:

Vamos ;). Acompáñame, no quiero ir de violinista, jajaja.

Después de aquella llamada, empecé a visitar la casa de Giuliana con más frecuencia. Por primera vez, nuestra amistad, aunque superficial, existía sin Daniela, María Luisa o Paloma. El día de la declaración de Juan Diego, fui a su casa al salir del colegio.

—Nos alistamos y luego mi papá nos lleva y nos recoge de Caminos del Inca. Te dejamos en tu casa. No te preocupes —me dijo apenas entramos a su habitación.

El cuarto se encontraba empapelado con pósteres de Nick Carter, de los Backstreet Boys y en un rincón tenía una pequeña repisa con sus

trofeos y medallas de atletismo. Entré al baño para cambiarme de ropa y, cuando volví a la habitación, Giuliana me miró de pies a cabeza.

—Ese polo está bonito, pero no para ahora, no seas maleada. Mejor te presto uno —dijo y abrió su cajón. En él guardaba decenas de blusas y *tops* organizados por color.

Examiné mi propia ropa para intentar comprender el problema. Unos jeans acampanados, un polo y unas zapatillas Adidas Samba azules. No le pregunté nada, simplemente elegí el polo más suelto que encontré entre las opciones disponibles. Al rato, Giuliana se apareció con un alisador de pelo entre las manos, lo conectó a la pared y lo pasó por su cabeza varias veces. Luego me pidió que me sentara al borde de la cama.

—Es una plancha de cerámica. En cinco minutos el pelo queda completamente lacio —dijo, separándome el cabello en mechones.

—¿Estás nerviosa porque te va a caer Juan Diego? —le pregunté.

—Más o menos. Prefiero no pensar en eso y que llegue el momento.

—Yo me cagaría de miedo. Primer enamorado, primer agarre.

Giuliana suspiró.

—Primer enamorado. Tercer agarre. Te voy a contar algo que solamente saben Dani y María Luisa. En verano agarré con dos de los amigos de mi primo Renato. Fue jugando botella borracha.

—¡¡¿Y qué tal?!!

Giuliana alzó los hombros.

—Fue todo muy rápido. Supongo que con Juan Diego será diferente porque me gusta. Además, los amigos de mi primo son mayores. Tienen diecinueve.

—¿Y Renato no dijo nada?

—No estaba allí, si no, creo que les sacaba la mierda.

Me sorprendió que Daniela no me contara el secreto de Giuliana. Mi lealtad estaba con ella. Le decía cualquier cosa que supiera y esperaba lo mismo.

Giuliana miró su reloj y después analizó mi peinado.

—Listo, quedó muy bien. Vamos ya que es tarde.

Cuando llegamos al centro comercial, Mariano y Juan Diego nos esperaban apoyados contra la puerta de vidrio del Cosmic Bowling.

Mariano llevaba puesto un suéter con una capucha verde que le cubría hasta la frente. El local simulaba ser un viaje psicodélico al espacio. Luces amarillas, verdes y rojas que distorsionaban los colores de los muebles y la decoración. En medio de tanta contaminación visual, los ojos de Mariano parecían los de un alienígena. Caminamos hasta la pista donde se encontraban los mellizos y otras dos chicas de nuestra edad comiendo nachos. La partida ya iba avanzada así que los vimos lanzar una última ronda y salimos con dirección a La Barra.

El local se hallaba a unas calles de Caminos del Inca, en un pequeño pasaje lleno de otros bares-cevichería. Desde hacía un par de años el centro comercial se había convertido en una fachada para los adolescentes que querían salir a emborracharse en el pasaje o en alguno de los parques cercanos al *mall*. Ni Giuliana ni yo conocíamos La Barra, pero cuando nos preguntaron si preferíamos ir a otro lugar, dijimos que no con seguridad. Nos acomodamos en una mesa minúscula que daba hacia afuera. Los mellizos y sus amigas decidieron dejarnos y unirse a otra mesa del local contiguo. Cada bar tocaba música distinta que se entremezclaba en el pasaje. Desde *reggae* hasta cumbia en un remix insoportable.

—¡Una jarra, por favor! —gritó Juan Diego con la mano en alto.

Aquella noche me dediqué a conversar con Mariano y a beber del mismo vaso de cerveza caliente y aguada durante las dos horas que permanecimos allí. Me contó que Juan Diego era su mejor amigo desde que nacieron. Sus padres eran socios en un negocio de importación de autos siniestrados.

—En Estados Unidos les dan pérdida total a los carros por cualquier accidente idiota. En unos años que tenga brevete, mi viejo me ha prometido traerme un Dodge Neon. Lo hago arreglar en un taller de la avenida Canadá, le pongo buenos aros, le bajo la suspensión y listo, se convierte en un carro para hacer piques.

Cuando faltaban treinta minutos para que los papás de Giuliana nos recogieran del centro comercial, Juan Diego le pidió a mi amiga que lo acompañara a comprar cigarros. La tomó de la mano para ayudarla a levantarse de la silla y no la soltó más. Atravesaron juntos el pasaje, abriéndose paso entre los adolescentes tambaleantes que bebían de

pie, hasta llegar a una vendedora ambulante que ofrecía sus productos en una pequeña caja de madera. Compraron los cigarros y, en vez de regresar a la mesa, se ubicaron en uno de los muros que cercaban el pasaje. No podíamos ver sus rostros. Conversaban y miraban las luces de los autos que circulaban a toda velocidad por Caminos del Inca.

—Creo que le va a caer ahorita —soltó Mariano nervioso.

Juan Diego fumaba y hablaba agitando la mano libre. Al poco rato, apagó su cigarro contra el muro y saltó a la vereda del lado de la calle. Se puso frente a Giuliana, la tomó de las manos y continuó hablando. Mi amiga no despegaba los ojos del suelo. En cuestión de minutos y de la nada, los vimos abrazarse y luego besarse.

—Ya está —dijo Mariano, sin dejar de observarlos, como quien acaba de culminar una tarea difícil.

De inmediato, bebió un sorbo largo de cerveza y colocó su mano sobre la mía cubriéndola por completo como un caparazón.

4.

El cuerpo del animal descansa a pocos metros de la puerta principal de la casa. Tiene el pelo amarillo, la cola frondosa, los ojos de linterna completamente apagados, una profundidad llana que nunca he visto.

—Puta madre. ¿Qué es eso?

—Creo que es un gato muerto.

—Mierda.

Nos alejamos lo más posible de la escena. Mientras, Paloma coge el teléfono y llama al supervisor de seguridad de la urbanización. En cuestión de minutos, un anciano barrigón y calvo golpea el portón de la casa. Lleva en la mano una bolsa para basura y una pala de jardinería bajo el brazo. Se acerca al gato sin ninguna contemplación, coloca la bolsa en el piso y empuja el cuerpo hacia adentro con la pala.

—Estos animalitos... un salto en falso y se van hasta abajo, no hay quien los ayude.

Imagino al gato que cae, un golpe seco contra el piso, maullidos que nadie escucha durante días. El supervisor anuda la bolsa, se levanta apurado.

—Ya está, señorita. Cualquier cosa tiene mi número —dice mirando a Paloma.

Los edificios deshabitados enferman rápidamente. Se les diagnostica con patologías igual que a las personas: moho, carbonatación, alcalinidad, fisuras. Por dentro, la casa del abuelo de Paloma parece tener todo eso. El techo se descascara de a pocos, algunas láminas de pintura blanca han caído sobre el piso producto de alguna vieja filtración. Abrimos las ventanas ni bien entramos. Antes de dejar nuestros maletines en el cuarto de visitas, Paloma saca cuatro cervezas del *cooler*. Nos entrega una a cada una y nos acomodamos en los muebles de la sala. Daniela mira su reloj.

—Ya es tarde, en España son como la una de la mañana —dice, sobándose los ojos.

Camina hasta un rincón para llamar por video a Esteban. Soy la única que ha visto a su novio en persona. Lo conocí hace varios años cuando fui a visitarla después de que un exnovio sin importancia terminara conmigo. Durante meses busqué una explicación a la ruptura. Le envié correos y mensajes de textos donde le preguntaba por qué. Nunca respondió. Al poco tiempo, una foto en Facebook abrazado de una chica habló por él. Llamé a Daniela de inmediato. La llené de preguntas e hipótesis sumida en un ataque de llanto.

—Es una mierda, lo sé, pero no puedes entender todo. Los sentimientos no tienen explicación —dijo, serena.

Esa misma tarde, me animó a buscar pasajes baratos por internet. Aterricé en Valencia unas semanas después. Era primavera y, a pesar de que Daniela y yo hablábamos por lo menos dos veces al mes, conocía muy poco acerca de su vida en España en términos concretos.

—Los lunes, miércoles y viernes regreso de la tienda a las tres. Luego de eso tenemos toda la tarde para pasear —me explicó mientras tomábamos un par de tintos de verano en el bar en el que trabajaba Esteban.

Acababan de hacerse enamorados tras conocerse en un concierto de Jarabe de Palo. Le pregunté a Daniela por la universidad; si seguía en Derecho o si finalmente se había cambiado a Administración. Se demoró en responder.

—Ni uno ni otro, me he matriculado en óptica a partir del próximo semestre.

Abrí los ojos.

—¿Qué es eso?

Me explicó que se trataba del grado técnico de Oftalmología.

—Aquí, ser dueño de una óptica es como tener una notaría en Perú. Eso dice mi papá. Da pasta sin mucho esfuerzo.

El plan de la óptica duró poco; Daniela abandonó la carrera y la universidad cuando se topó con un curso sobre refracción de la luz lleno de ángulos, ecuaciones, senos y cosenos que más parecía física espacial. Llevó la asignatura dos veces, sin lograr aprobar un solo examen o práctica. Nada es claro ni sencillo en la trayectoria de la luz hacia los cuerpos.

Daniela vuelve al grupo mostrando su celular. En él, la imagen pixelada de Esteban, su nuca contra una almohada, la mitad de la cara iluminada por la lámpara de mesa de noche. Esteban saluda y se despide a la vez.

—Que os vaya bien, chicas.

Paloma levanta su lata de cerveza. «Salud», y la conexión se pierde.

—Qué pena que Esteban no pudo venir a Lima. ¿Sigue trabajando como *barman*? —suelta María Luisa mientras devuelve su cerveza al *cooler* y coge una botella de agua.

—No. Lo promovieron. Ahora se encarga de administrar el bar. Pagar las cuentas, ver la logística, armar el programa de las bandas que tocan allí.

—Ah, qué bien. Lo que más me gusta de Europa es que se puede trabajar de cualquier cosa y aun así viajar, conocer… ¿Dónde estuvieron hace poco? ¿En Milán?

El rostro de Daniela se tensa ante el comentario de María Luisa, parece un muñeco de *stop motion* que enfurece de pronto. Presiona su celular y respira hondo como dándose valor antes de lanzar un largo y postergado discurso. Entonces, Paloma me mira de reojo y aplaude tres veces para acabar con la situación.

—Ya. A lo que hemos venido. ¿Quién quiere un chilcano? María Luisa, acompáñame al bar, trae el hielo.

—Un toque, que tengo que responderle un correo a mi jefa.

—¿Ahorita?

Daniela y yo arrastramos nuestros maletines hasta el cuarto de huéspedes. La última vez que estuvimos todas juntas aquí éramos adolescentes. Paloma nos invitaba algunos fines de semana, entre junio y agosto, cuando el clima en Chosica era cálido y aún no empezaba la temporada de lluvias o huaicos. Tomábamos sol, montábamos bicicleta, jugábamos ping-pong y a veces ouija blanca. Por las noches dormíamos en el cuarto de huéspedes, ocupando siempre los mismos lugares. Daniela y yo en la parte superior de los camarotes, Giuliana y María Luisa en la parte de abajo, mientras que a Paloma, como anfitriona, le tocaba una cama Comodoy de fierro que chirriaba ante el movimiento más sutil. Cuando éramos niñas

competíamos por quién soportaba hasta más tarde sin quedarse dormida. De adolescentes nos sentábamos en el piso de baldosas de la habitación y lo hacíamos por cuál cabeza aguantaba mejor el trago rancio del bar de la casa. Bebíamos cualquier cosa disponible bajo la falsa creencia de que el alcohol añejo siempre era sinónimo de calidad.

Hoy, más de quince años después, el cuarto parece una barraca del ejército. No quedan cuadros en las paredes ni adornos de cerámica sobre la cómoda. Tampoco fotografías familiares. Dejo mis cosas en la parte baja del camarote, pero enseguida me arrepiento. Si algo he descubierto de la amistad es que la mayor parte del tiempo no soporta los cambios de posición. Me acerco a la ventana y descorro las cortinas. Sobre nosotras la luna brilla en cuarto menguante custodiada por una estrella diminuta que, seguramente, a millones de años luz la dobla en tamaño y luminosidad.

—A veces María Luisa es muy bruta para hablar —suelta Daniela mientras saca su ropa del maletín.

—Ya la conoces. Lo mejor es no hacerle caso —le digo.

Mi amiga se acerca a la cómoda y abre el primer cajón. Me llama cuando descubre que el lugar donde debería guardarse la ropa se ha convertido en un cementerio de películas pornográficas. Coge algunos títulos al azar: *Los amores de Lolita*, *Sexo sentido*, *Niñeras de doble turno*. Después, lee en voz alta la sinopsis de *Sexo sentido*: «El fantasma de un hombre muerto en un accidente trágico visita cada noche a su viuda poseyendo el cuerpo de un desconocido para cumplir sus más atrevidas fantasías...».

—Noo…

—¡¿Qué pasó?! —pregunta Paloma desde la puerta.

Daniela y yo nos miramos. No sabemos cómo actuar o si podemos reír. Entonces solamente queda decir la verdad.

—Hemos encontrado porno en el cajón.

—¿De mi abuelo?

—Supongo.

—Puta madre. Con razón venía a encerrarse acá una vez al año —dice mientras gira compulsivamente el chilcano que tiene en la mano.

Luego seca el vaso de un sorbo y camina hacia la cómoda con cautela, como quien se acerca a un cajón de velorio. Retrocede aterrada en cuanto ve la portada de *Sexo sentido*—. Demasiada información para mí —admite, cubriéndose los ojos con las manos.

La llamada entrante de Martín ilumina la pantalla de mi celular.

—Un toque —digo y abandono la habitación.

No me he dado cuenta de la retahíla de mensajes de WhatsApp sin leer que llevan su nombre. Se encienden todas las alarmas dentro de mí. Atravieso la sala y salgo al jardín.

—Aló, amor, ¿pasó algo?

Escucho con atención lo que tiene que decirme. Cuando creo que he aprendido a leer el comportamiento de mi padre, Martín suelta la bomba. Clavo los ojos en el piso y confirmo que estoy parada en el lecho de muerte del gato; una mancha de grasa delata el lugar donde estuvo su cuerpo durante días. Corro al jardín para limpiar mis zapatos contra el pasto.

—Voy a hablar con mi hermano —le digo, y termino la llamada.

Antes de hablar con Sergio sé que tengo que verlo con mis propios ojos. Mi padre ha sido delatado por una de las cámaras de seguridad del departamento. Martín las compró por internet hace algunos meses, cuando empezó la paranoia de los robos a domicilio en nuestro distrito. El sistema cuenta con la misma tecnología que utilizan las cámaras trampa para grabar a los animales en su estado natural. Los científicos las esconden entre ramas y matorrales, en las riberas de los ríos, incluso montan una versión microscópica sobre los lomos de tortugas marinas y focas. Dedican sus vidas a la adicción de mirar sin ser vistos. Se aferran a la idea de develar un secreto. A la posibilidad de capturar a un animal en extinción o alguna dinámica de grupo que les confirme una vez más que los animales salvajes y los seres humanos estamos compuestos de lo mismo. Abro la aplicación de videovigilancia en el celular. Dudo por un momento. Me asusta descubrir a mi padre en su verdadera intimidad. Temo no reconocerlo, confirmar que desde que era muy chica lo he construido como un muñeco a partir de frágiles escenas de fin de semana. Me siento en el primer escalón del jardín. En las noches de Chaclacayo cantan los

grillos y zumba el viento. Hago clic sobre el primer video, elijo ver.

5.

La primera vez que sentí miedo de verdad fue dentro de una cueva en Junín. Se nos dijo que las estalactitas aparecerían al final del camino enmarcando una laguna de aguas subterráneas. Que debíamos caminar muy juntas y llevar las linternas encendidas en todo momento. También que veríamos imágenes de lobos, sirenas y corazones esculpidos naturalmente en las piedras. Empezamos el recorrido juntas, sujetándonos de las cuerdas instaladas rústicamente como barandas en las rocas. Íbamos casi a ciegas igual que buzos submarinistas abriéndose paso. Aquel paseo a las grutas de Huagapo formaba parte de los viajes que una vez al año organizaban las monjas con la intención de reforzar nuestra endeble identidad nacional. María Luisa, Giuliana, Daniela, Paloma y yo fuimos las últimas en ingresar a la gruta porque María Luisa y Giuliana no dejaban de sacarse fotos con sus cámaras descartables junto al letrero de «Bienvenidos a la gruta más grande de Sudamérica». Una vez dentro, era Giuliana quien nos guiaba con una linterna de luz blanca que su padre había rescatado de la época en que fue *boy scout*. Iluminaba a 200 lúmenes mientras que las nuestras parecían de juguete.

A medida que avanzábamos, la cueva se hacía más angosta y oscura, los chillidos de los murciélagos se oían cada vez con más claridad. Era un quejido desgarrado parecido al de las ratas cuando se sienten atrapadas. Me angustiaba escucharlo sin poder identificar a los animales a mi alrededor. Un par de metros por delante mis amigas conversaban sin temor, igual a cuando los albañiles hablan de fútbol descolgados de una cornisa, mientras que yo giraba el rostro cada treinta segundos para comprobar que aún podía ver el ingreso a la gruta. Cuando nos adentramos un poco más, mi vínculo con el exterior se convirtió en un punto borroso de luz. Coincidió con el hecho de que, para continuar el camino, debíamos iniciar un descenso entre las piedras que nos llevaría hacia el sendero de la laguna.

—Vayan ustedes, nomás. Ya quiero regresar —dije, retrocediendo

unos pasos.

—No puedes volver sola, por último, salgo contigo —soltó Paloma.

Giuliana, que iba junto a Daniela, un poco más adelantada, me alumbró con su linterna.

—No podemos dejarte acá. Además, falta ver las estalactitas. Tenemos que decidir, o seguimos o nos regresamos todas. Vamos, pues. No seas pava, ¿qué va a pasar?

Aunque no podía ver a Giuliana, la imaginé blanqueando los ojos y sometiendo el tema a votación.

—Ya, vamos —dije antes de tener que obligarlas a elegir.

Respiré hondo, me sujeté fuerte y empecé a descender. Yo iba de última, varios metros por detrás de María Luisa y Paloma que hablaban acerca de *Young Americans*, una copia forzada de *Dawson's Creek* que emitía The Warner Channel los martes por la noche. Aunque las cuerdas me raspaban las manos y los murciélagos seguían chillando, escucharlas me daba cierta tranquilidad. Sin embargo, la calma duró poco. La luz de mi linterna se extinguió como una vela al viento, el brillo se hizo débil e intermitente hasta que se apagó por completo. Mi linterna era una trampa de pilas viejas y sulfatadas que nadie revisaba hacía años.

—Esta huevada se quedó sin pilas —dije, aparentando serenidad.

Sentía que no me alcanzaba el oxígeno, que mis pulmones se habían pegado entre sí, que miles de murciélagos se descolgaban sobre mi cabeza. Dentro de una cueva el aire es húmedo y denso; leí alguna vez que por eso los hombres primitivos vivían de alucinación en alucinación y que su arte en las cavernas era producto de un viaje psicodélico entre la falta de oxígeno y el humo de sus fogatas. Además de los murciélagos, María Luisa y Paloma fueron las primeras en escucharme. Paloma estiró el brazo y lanzó su linterna cerca de mis pies. Me dije a mí misma que tenía que salir de allí lo antes posible.

—¿Estás bien?

Asentí y emprendí el regreso lo más rápido que pude. María Luisa y Paloma me siguieron sin dudar. En cuanto ubiqué nuevamente el punto borroso de luz, corrí despavorida hacia él.

—¡Espéranos! —fue lo último que logré escuchar antes de

desvanecerme.

Lo siguiente que recuerdo es que avanzaba hacia la salida colgada del hombro del profesor de Historia y Geografía mientras María Luisa y Paloma le contaban lo sucedido. Caminamos los cuatro hacia el bus, rodeados por hordas de guías de turismo informales que ofrecían sus servicios. Al llegar al vehículo, el profesor me entregó una botella de alcohol medicinal.

—Por si te vuelves a marear. Chicas, esperen aquí hasta que las demás terminen el recorrido.

Me desparramé en el asiento sin hablar, clavé los ojos en un grupo de niños que jugaba matagente muy cerca de la boca de la cueva, mientras veía a mis compañeras salir de la oscuridad. Daniela y Giuliana fueron de las últimas en abandonar la cueva. Treparon al bus a tan solo minutos de que partiéramos rumbo al hotel.

—¿Dónde estaban? ¿Por qué se regresaron? —preguntó Giuliana.

No tenía ganas de responder, así que fingí no escuchar, mientras María Luisa les explicaba lo sucedido. Vi la cara de preocupación de Daniela reflejarse en la ventana del autobús.

—Qué pena. Se perdieron de algo increíble, fue como ver nieve por primera vez —dijo Giuliana sin inmutarse.

Yo no conocía la nieve ni tampoco me importaba, pero María Luisa y Paloma se miraron decepcionadas. Esa fue la primera vez que sentí que las acciones de Giuliana me afectaban directamente.

*

Mariano se me declaró a los pocos días de nuestro regreso del viaje de identidad nacional. Me plantó un beso sin previo aviso frente a un cajero electrónico y el escaparate apagado de una tienda de vestidos de fiesta, en la zona fantasma de Caminos del Inca. La llamábamos así porque en el centro comercial los locales que importaban daban hacia la calle: McDonald's, Bembos, un par de heladerías y una tienda de música que vendía *boxsets* de CD y juegos de PlayStation. Hacia adentro, de noche, Caminos del Inca era tierra árida. Boutiques y zapaterías atendidas por mujeres cincuentonas, que cerraban sus

puertas y apagaban sus luces antes de las siete. Era también un lugar de paso obligado para los adolescentes que bebían en los parques y necesitaban un baño.

Luego del beso, Mariano me preguntó si quería estar con él. Usó esas palabras: «¿Quieres estar conmigo?», genéricas, como quien invita a la compañía en el espectro más amplio. Le dije que sí sin entender qué significaba ni qué vendría después. Esa noche, luego de la declaración, Mariano y yo caminamos desde el centro comercial hasta La Barra sin soltarnos las manos. Atravesé la calle Monterrey con la sensación de que era una nueva persona. No solo porque Mariano me gustaba y me había elegido, sino porque tener enamorado me ponía en una posición distinta frente a los demás.

—¿Tú crees que Giuli y Juan Diego se sorprendan? —le pregunté mientras esperábamos a que cambiara la luz del semáforo.

Él se rio y presionó mi mano. Cuando llegamos a La Barra, el pasaje se había llenado de gente. Mariano miró a nuestro alrededor y señaló a un grupo de hombres vestidos con ropa de trabajo que bebían trago corto en uno de los locales.

—Ya empezaron a venir viejos, eso significa que La Barra va a morir pronto —dijo indignado.

Giuliana y Juan Diego se pusieron de pie apenas aparecimos en el local, recuerdo que detrás de ellos colgaba una gigantografía barata de Bob Marley. Mariano me atrajo hacia él y me volvió a besar. Aunque el beso fue corto, sentí que una ola de vergüenza me subía a la cabeza. Giuliana se me acercó y me llevó del brazo de vuelta al pasaje.

—Qué linda noticia. Cuéntame cómo fue. ¿Chaparon?

A medida que conversábamos, mi molestia por lo que había sucedido en el viaje fue escondiéndose como un insecto en la tierra; se convirtió en un malestar presente aunque imperceptible, listo para salir a la superficie ante el estímulo correcto. Le hablé a Giuliana de mi nerviosismo y del inicio torpe del beso. Le conté que después de besarnos, Mariano y yo nos quedamos largo rato sentados en la banca del centro comercial. En silencio, sin saber qué decirnos, como si tuviéramos la obligación de recordar un libreto previamente memorizado. De pronto, Giuliana me apretó la muñeca y clavó los

ojos en el bar. A pocos metros, junto a la mesa, Juan Diego discutía con un desconocido de camisa roja, estiraba el cuello y movía los brazos igual que un orangután. Nunca nos enteramos del motivo de la pelea, pero cuando Giuliana se acercó para sacarlo de allí, Juan Diego le pidió que no se metiera haciendo una seña con la mano. Finalmente, la discusión terminó cuando un hombre de bigote y barba se llevó al desconocido afuera del local.

—¿A qué hora nos recoge tu mamá? —me preguntó Giuliana, mirándose las uñas.

—Ahorita —dije desesperada luego de ver mi reloj.

Nos metimos un par chicles a la boca y nos despedimos a la volada del grupo. Corrimos por las veredas de la avenida Caminos del Inca, enfrentándonos a la noche y a las luces brumosas de los autos. Giuliana avanzaba sin hacer ningún esfuerzo, en cambio, yo me detenía cada diez metros a jadear. Para los deportes y para la vida rige el mismo principio, independientemente de cómo se les entrene, no todos los corazones tienen la misma capacidad para latir. Algunos lo hacen con fuerza natural y otros a duras penas. Al llegar a la esquina, nos escabullimos entre la gente reunida en una de las puertas del centro comercial. Alcanzamos el punto de recojo en el momento en que el auto de mi madre aparecía por la calle Monterrey.

—No digas nada de que estoy con Mariano —fue lo único que llegué a decirle a mi amiga.

Giuliana frunció el ceño.

—Ni cagando, ¿cómo voy a hablar de eso?

Cuando subimos al auto, mi madre no nos dio importancia. Nos saludó y continuó recriminándole a Gustavo, mi padrastro, por haberla llevado al cine a ver una película de drama.

—La vida ya tiene suficientes tragedias como para ir al cine a deprimirse.

El auto atravesó Caminos del Inca y pasó junto La Barra.

—Qué terrible, una chingana en medio de Caminos del Inca —soltó mi madre.

A lo lejos, en miniatura, todavía podían distinguirse las luces rastafari que alumbraban el local de *reggae*. Me pareció ver las siluetas

de Mariano y sus amigos, que reían y bebían sin parar.

6.

Paloma se acomoda los lentes sobre el tabique, la luz de la pantalla que tiene enfrente se refleja sobre sus ojos. A su costado, Daniela examina el juego de parlantes como si se tratara de un objeto adelantado a su tiempo. Presiona una y otra vez el botón de encender/sincronizar sin lograr que la música suene.

—No entiendo esta huevada.

La conversación regresa al cajón pornográfico del abuelo.

—¿Qué se supone que haga con todas esas películas? ¿Botarlas?

Me acerco a mis amigas sin contarles nada de la llamada de Martín.

—El Bluetooth está desactivado —les digo.

Daniela y Paloma vuelven a sus asientos.

—No saben cuánto necesitaba venir con ustedes. Un rato lejos de Tato y de Tatito —confiesa Paloma mientras se sirve otro chilcano.

Tatito. Dos años, ojos pardos y pecas en los pómulos. Un gordito berrinchudo que terminó en Emergencias por introducirse un caramelo en la nariz mientras Paloma miraba videos en su celular. A mis treinta y tres, se me hace difícil imaginarme como madre, aunque Martín y yo fantaseamos cada vez más seguido con la idea de tener un hijo. Para ser más exacta, una niña que salte a nuestra cama y se amarre a nuestros brazos a la mitad de la noche. Martín, además, quiere adoptar un gato o un hurón. Le digo que tengo dudas, que ni siquiera podemos cuidar bien al bambú y al helecho que viven en nuestro departamento. A pesar de que los regamos a diario, parecen estar muriendo: las hojas se han tornado amarillentas, los tallos se quiebran si se acarician con fuerza.

—Malú, ya deja el celular. ¿Estás en tu chamba o acá con nosotras? —reniega Paloma.

—Un toque. En mi trabajo no es tan fácil desconectarse —responde María Luisa—. Tengo que aprobar un despacho importante. Si no lo hago, mañana no habrá champús o desodorantes en los supermercados.

—Ya. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad. Como Spiderman —le digo.

—Ja. No seas sarcástica que es verdad. Es bastante responsabilidad. Además, a la gente de esa área no le caigo muy bien. La mayoría son señores con familia, hijos grandes, debe ser un poco frustrante para ellos, ¿no? Llega alguien más joven a darles órdenes y encima mujer.

—Ya, ya. Apúrate, si no te escondo el celular. Hemos venido acá por Dani. Yo además quiero celebrar que la próxima semana por fin empiezan las clases en el nido. Algo de vacaciones para mí —dice Paloma mientras camina hacia la barra.

—Giuliana colgó una foto nueva en Facebook —interrumpe Daniela.

Enseguida saltamos sobre su teléfono. Examinamos la imagen como niñas que se congregan alrededor de un animal encallado en la arena. En la foto, Giuliana lleva lentes de sol, el pelo recogido y un helado de barquillo en la mano. Viste una blusa de flores y una casaca de jean que deja ver en su muñeca la parte final de un tatuaje. En la foto también aparece Rocío Salazar, una compañera del colegio que se hizo amiga de Giuliana durante la época de la universidad cuando estudiaban juntas Administración.

—Qué alivio, a Giuliana se le ve mejor. Le voy a escribir a Rocío.

Sé que su interés es real y que la decisión está tomada. Daniela no tiene muchas pasiones, pero se preocupa por las personas.

Hola, Roci,

Estoy aquí con las chicas, nos enteramos de lo que le pasó a Giuliana ☹ y queremos saber cómo sigue. Besos.

Pasamos las siguientes dos horas bebiendo chilcanos y actualizando a Daniela acerca de las vidas de algunas compañeras de promoción. Hablamos de Rocío y de cómo en sus tiempos libres practica *crossfit*. Levanta pesas, realiza abdominales y sentadillas en memoria de militares gringos caídos durante la guerra de Irak. También sobre Lucía Cáceda, que se convirtió en *make up artist* y corrige a quien la llame maquilladora de bodas. Conversamos sobre la Chucky, hoy

casada con un alemán y profesora de español en Róterdam. Durante el colegio, la Chucky, de mentón hundido y ojos achinados, cargaba con la acusación de ser adoptada. Su padre, demasiado blanco y mayor; su madre, demasiado guapa; nosotras, demasiado crueles. La Chucky solamente pensaba en largarse del colegio y del país. A los catorce se construyó una página web en inglés en la que se describía a sí misma como amigable, impulsiva y un poco loca. Colocaba fotos en ángulos dudosos en los que su puntaje físico mejoraba de tres a seis. Luego, hablaba acerca de sus intereses: Oasis, Christina Aguilera y el videojuego *Ages of Empires*. Recordamos también a Leslie del Carpio. Piel bronceada, caderas anchas, la chica más popular de la promoción.

—No saben esto, pero en quinto o cuarto de media se tiraba al hermano de Melisa P. ¿Se acuerdan de que ellas hacían *pool*? Los días que les tocaba a los padres de Melisa, era su hermano quien las recogía del colegio, dejaban a Melisa en su casa usando cualquier excusa y estacionaban la Cherokee vieja en un descampado en la parte alta de los cerros de Valle Hermoso. Dicen que una vez Serenazgo les tocó la ventana y todo —suelto para tener otro tema de conversación.

Sé qué decirles a mis amigas para mantener su atención, aunque cada vez mi repertorio sea más limitado si se trata de ellas.

—No me sorprende. Leslie ha sacado la vuelta a todos sus flacos. Siempre elige a patas del mismo perfil. Tipos mediocres que poco más y le hacen un altar… Creo que Leslie se casa pronto, ¿no? Vi unas fotos de su despedida de soltera dentro de un bus parrandero. El mismo bus parrandero con estríper incluido que rechazaste por elegir El Refugio —bromea María Luisa.

—¿El bus discoteca pintado de colorinches? Debí aceptar. Joder, lo que pasa en el bus se queda en el bus.

—¿Todo bien? —le pregunto a Paloma que seca un séptimo vaso de chilcano sin que nadie se lo pida.

—No —responde casi gritando.

Se pone de pie, el alcohol la obliga a sujetarse del brazo del sillón para no irse hacia atrás.

—Puta madre, tengo una vaina atorada hace días, pero no quería contarla por chat —nos dice y junto a sus palabras los ojos se le hacen

agua. Es un llanto sin desesperación ni sollozos, las lágrimas ruedan libres, sin alterar su expresión, como una de esas muñecas lloronas de cuando éramos niñas.

María Luisa se acerca a Paloma y la ayuda a acomodarse en el sillón, mientras que Daniela le ofrece agua en lugar de alcohol.

—Toma un poco, te va a ayudar.

Paloma dice que no y pone la mano en alto, se limpia los ojos y continúa.

—Son dos cosas que no me dejan dormir. ¿Se acuerdan de que el mes pasado viajé a Santiago, a un congreso sobre transformación digital por chamba? Pues no viajé sola, éramos cuatro de la empresa. Un tío de operaciones, la gerente de recursos humanos, Rafael de analítica de datos y yo. Hasta el viaje nunca me había fijado en Rafael. Coincidíamos en algunas reuniones, pero creo que nunca habíamos conversado de verdad. Ni siquiera importa que se llame Rafael porque lo que importa es lo que pasó y no la persona. Durante el día no teníamos tiempo para nada, en el congreso nos sacaban la mierda: conferencia tras conferencia y también reuniones con colegas de otros países. Algunas charlas eran en inglés, pero en esos eventos está super mal visto pedir audífonos, así que también era un desgaste mental. En las noches, salíamos a pasear en grupo. Subía al cuarto del hotel a alistarme y llamaba a Tato y Tatito. En realidad, hablaba con Tato mientras Tatito lanzaba sus juguetes por toda la sala o veía algún video en YouTube. Huevonas, el primer día los extrañé horrible, como si yo ya no fuera yo misma sin ellos. Pero al tercer día, sentía que no quería hablarles más de lo necesario, solo avisarle a Tato que estaba bien, saber que ellos estaban bien y volver a la realidad paralela del viaje. Terminaban las conferencias y me alistaba rápido, preparaba un café en la máquina del cuarto y estaba lista para salir. Era como si mi antiguo yo me hubiera poseído. Me la pasé haciendo *bar hopping* toda la semana. Recorrimos locales en Providencia y Las Condes. Íbamos el equipo de Perú y también un grupo de colombianos de la filial de la empresa en Bogotá. El último día, los únicos dispuestos a salir éramos Rafael y yo porque los vuelos partían muy temprano y eso desanimó a los demás. Así que salimos solos, caminamos del hotel hacia un bar

mexicano que estaba a dos cuadras. Pedimos una ronda de tacos al pastor y un par de micheladas. Por primera vez hablé con Rafael de uno a uno. Me contó que era papá, tenía unas mellizas de tres años. Pili y Mili o algo así. En medio de nuestra conversación se nos acercó una mesera que cargaba una ruleta de premios portátil por el aniversario del bar. La giré y gané *shots* de tequila para los dos. Si no hubiera sido por la ruleta creo que nos hubiésemos regresado al hotel y nada hubiera pasado. Pero, huevonas, nos secamos los tequilas y Rafael propuso ir a una discoteca. Acepté, aún no entiendo bien por qué. Creo que quería dilatar el momento para no llegar al hotel y luego subir al avión y luego entrar a mi país y luego a mi casa y finalmente volver a mi rutina de cada día. Quería quedarme en esa realidad paralela un ratito más. Rafael cogió su celular y buscó en TripAdvisor a dónde ir. Terminamos en un taxi hacia una discoteca de moda donde ponían puro reggaetón. Cuando llegamos sentí que tenía veinticinco otra vez. Rafael pidió dos cervezas y me jaló a la pista de baile. Sonaba una canción de Wisin y Yandel. Rafael me cogía de la cintura, me daba vueltas, perreaba hasta abajo. Entonces sentí la vibración de mi celular, no era necesario mirar para saber que era una llamada de Tato. Me sentí una pendeja. Lo imaginé junto a Tatito a punto de acostarse, contándole de memoria el único cuento que se sabe, la historia de Gokú de *Dragon Ball*. Me empecé a poner nerviosa, tenía a Rafael cada vez más cerca, sentía su aliento cargado encima de mí. «¿Ya vámonos?», le dije y volteé la cara apurada. Él me siguió sin hacer preguntas. En ese momento debí dudar de su sonrisa, pensar que quizá lo estaba entendiendo todo mal. Salimos de la pista de baile y cuando atravesábamos el túnel que nos llevaba a la puerta de salida, me agarró de la cintura y me empujó contra la pared. Me empezó a lamer el cuello, huevonas. Yo no entendía qué pasaba. Puta madre, qué habría pensado el huevón cuando le dije «Ya vámonos». ¿Vámonos a tirar? Me quedé congelada. No atiné a hacer nada, al principio pensé en zafarme, pero le seguí la corriente. Me estaba punteando ahí, a la salida de una discoteca, como a una chibola. ¿No me pasaba algo así desde hacía cuánto? ¿Diez años? Podía escuchar las voces y los pasos de las personas que atravesaban el túnel de

salida, pero no me importaba. Al ratito, Rafael sugirió ir al hotel. Salimos de la discoteca sin hablar, no podía verlo a la cara. Él tampoco me miraba, era como si cada uno estuviera en su propio trance.

Paloma se queda en silencio y se tapa el rostro.

—Tranquila —Daniela se arrodilla frente a ella, la toma de las manos.

—¿Pasó algo más? —pregunto.

Las lágrimas vuelven caudalosas a los ojos de Paloma.

—En el taxi la cosa se puso más pendeja. El taxista nos miraba a través del espejo, primero incómodo y luego demasiado concentrado en lo que hacíamos. ¿Estaría arrecho? Recuerdo que por momentos se aclaraba la voz, pero no nos importaba. Total, no estábamos en Lima, nadie nos conocía. Apenas llegamos al hotel pedí la llave de mi cuarto y esperé a Rafael al lado del ascensor mientras él hacía lo mismo. El hombre que atendía en la recepción le leyó un papel antes de entregarle su llave. Rafael miró su celular, empezó a rascarse la nuca y luego corrió hacia mí. «Créeme que no quiero cortar esto ahorita, pero dame unos minutos. Una de las mellizas está con 40 grados de fiebre y no le baja. Tengo que hablar con mi casa». *Casa,* un eufemismo para esposa. En ese momento volví a la realidad. Cuando entré a mi cuarto, me tiré sobre la cama y me quedé dormida con el abrigo y los zapatos puestos. En algún momento Rafael tocó la puerta, pero no lo escuché o no quise escucharlo. Al despertar encontré varios mensajes suyos en mi teléfono. Para mí la huevada quedó en Chile. Pudo ser Rafael o un equis. Para él, creo que no tanto, me contacta por el chat de la chamba, me busca a la hora de almuerzo. Supongo que ya se le pasará.

—Mierda. Si no llegaba ese mensaje, te lo tirabas —le digo.

Daniela me calla con la mirada.

—Palo, esas cosas pasan. A mí me sucedió cuando recién empezaba mi relación con Esteban. Es normal, no te enrolles. Con Esteban hemos acordado que, siendo la vida tan larga, si se trata de situaciones sin importancia, lo mejor es pasar página y seguir adelante. Joder, si se trata de algo repetitivo y donde hay sentimientos...

Paloma respira hondo.

—Puta, sí. Pero creo que eso no es lo central. Creo que es consecuencia de algo más importante. Solo María Luisa lo sabe, pero un par de semanas antes de Chile dejé el tratamiento de fertilidad. Ustedes saben lo entusiasmada que estaba. La mañana en que me tocaba mi primera inyección, me desperté, fui al baño y simplemente no pude hacerlo. Me quedé con la aguja a un centímetro de mi piel. Una fuerza dentro de mí no me dejó. Pensé… pasar por todo de nuevo, las hormonas, la incertidumbre, el embarazo… no pude. Me sentí fatal. Me acordé de una pesadilla que tuve con Tatito en la barriga, un temblor y de pronto saltaba de mi cuerpo, desgarraba mis músculos como un Alien. Yo amo a mi hijo, pero pasar por todo de nuevo… Me temblaba la mano cada vez que acercaba la aguja. Lo peor es que me hice la cojuda y no le dije nada a Tato hasta varias semanas después. Se lo tomó bien, solamente me dijo que le había jodido la mentira, recuerdo que ese día volvió tardísimo a la casa.

Paloma se limpia las lágrimas del rostro, María Luisa le ofrece un vaso de agua.

Intentamos darle ánimos entre todas. Le pedimos que no sea demasiado dura consigo misma, repetimos una seguidilla de frases hechas que no somos capaces de corroborar, juzgar o criticar, porque no tenemos idea de qué estamos hablando.

—Ya fue, chicas. No se preocupen —dice Paloma, levantándose y sacudiendo los brazos como un boxeador a punto de entrar al ring.

Camina hacia los parlantes, sube el volumen de la música a tope y canta con los ojos cerrados y a gritos la mejor canción de Ataque 77. «*Más, dame un poco más, quiero intoxicarme en vos, arranca corazones*».

A unos metros, Daniela revisa su celular. No hay respuesta de Rocío.

7.

Daniela se mudó a Valencia cuando terminamos cuarto de secundaria, casi seis años después del plan original. Su madre le dio la noticia un viernes de julio ya con los pasajes reservados y un plan de vida hecho. Esa misma tarde, mi amiga me pidió que fuera a su casa, así que le rogué a mi hermano para que me dejara con ella mientras iba a sus clases de la universidad. Daniela salió apenas toqué el timbre.

—Vamos a la bodega —dijo, cerrando la puerta de fierro sin hacer ruido.

Caminamos hacia la tienda que quedaba a pocas cuadras, frente al parque Pampa de la Quinua. Entrar a aquella bodega era como saltar de dimensión a un espacio minúsculo en el que convivían desde vegetales hasta juguetes baratos y pirotecnia. Daniela compró una cajetilla de Lucky Light, Pingüinos Marinela y cruzamos al parque. Nos acomodamos en una banca frente a un par de ancianas que paseaban en buzo cogidas del brazo. Recuerdo que por las tardes el República de Cuba se llenaba de viejos. Mi amiga vivía en Los Rosales, una zona de casas construidas en los setenta, habitadas sobre todo por ancianos y sus descendencias. Ella misma había vivido toda su vida en la casa de su abuela.

—Ya tengo pasaje. Me voy a fin de año. No sé si sentirme feliz o triste —dijo sin preámbulos.

Me explicó que se había acostumbrado a vivir en el limbo y a ser parte de una dinámica en la que su padre no tenía protagonismo. Juramos que a pesar de la distancia nuestra amistad no se destruiría. Compraríamos esas tarjetas telefónicas que permitían hablar durante horas a destinos internacionales. Conversaríamos todos los fines de semana por Messenger. Terminamos de comer los pingüinos y le cambié de tema.

—Creo que lo de Mariano no va bien —confesé—. Siento que todo lo que hacemos es una copia de Juan Diego y Giuliana. Ellos arman

los planes, nosotros los seguimos en todo. ¿Se entiende o estoy diciendo cualquier roca? Además, lo siento raro.

Daniela suspiró hondo.

—Tú sabes que Giuli tiene una personalidad fuerte. Igual que María Luisa. Tú, no tanto…

Me dio miedo preguntar a qué se refería, aunque su comentario no dejó de zumbarme en la cabeza. Cuando volví a casa me sentí desamparada y molesta. Cerré la puerta de mi habitación, encendí el televisor y dejé correr el programa concurso para adolescentes que emitían todas las tardes en América TV. Reconocí entre las gradas del público a algunos rostros que me cruzaba en fiestas o en Caminos del Inca. La premisa para formar parte del público era sencilla, los adolescentes más blancos eran seleccionados en la cola del estudio y ubicados en las primeras filas del set, mientras que los demás se apiñaban en la zona más alta, donde no llegaba el lente de la cámara. Esa tarde, mientras dos concursantes se lanzaban tortazos, le mandé un mensaje a Paloma y otro a María Luisa, avisándoles que había quedado con Mariano para ir a casa de Giuliana.

Vamos a jugar Risk. No es un plan de parejas, si quieren se apuntan.

No le dije nada a Daniela, una forma de prepararme para su partida era volviendo más cercana mi relación con las demás. Sin embargo, cuando llegué a casa de Giuliana, la encontré sentada en la mesa de la cocina. Tenía en la mano un tenedor de acero con el que trituraba unas paltas para hacer guacamole. Les contaba a María Luisa y Paloma acerca de su viaje. Mariano y Juan Diego aparecieron justo después de mí. Vestían poleras iguales de distintos colores y las mismas zapatillas Vans. Juan Diego se agachó hacia la mesa y saludó a Giuliana dándole un beso largo y con lengua. Me acerqué a Mariano, le di un pico rápido y lo abracé por la cintura, olía a perfume Tommy Boy y pasta de dientes. Para mí, besar en público era un fracaso estrepitoso, el cuello se me tensaba, era incapaz de cerrar los ojos, me sudaban las manos y las axilas. Me costaba entender cómo Giuliana no sentía vergüenza de que los viéramos besarse. En internet existían distintas

teorías que explicaban su comportamiento y el mío. Exceso de seguridad, complejos de infancia, poca estima a la pareja, incluso el signo ascendente en el nacimiento.

—Bebita, como han venido las chicas, ¿puedo pasarle la voz a Christian y a los mellizos? —le preguntó Juan Diego.

—Sí, claro. Bravazo.

Christian y los mellizos llegaron al poco rato. Apestaban a trago y llevaban puestas las mismas poleras que Mariano y Juan Diego. Christian, a quien se le notaba menos ebrio, nos contó que habían pasado toda la tarde tendidos en el jardín inmenso de su colegio, mirando el campeonato de fútbol de exalumnos y bebiendo botellas de Coca-Cola personales que compraban en el kiosco y mezclaban con ron en el baño. El colegio quedaba muy cerca de La Barra, así que al terminar el último partido decidieron pasar por allí a tomar unas cervezas. Cuando llegaron, el cielo no acababa de oscurecerse, los locales seguían abiertos en sus facetas de restaurante para oficinistas. Eligieron el lugar que por las noches tocaba *reggae*. Los atendió una mesera joven que nunca habían visto en el turno de la noche. «¿Aceptan dólares? Nos hemos quedado sin soles. Es lo único que tenemos», preguntó uno de los mellizos, mostrando un billete de diez. La mesera se acercó a la caja a consultarlo con el supervisor, un hombre bajo, de pelo engominado y raya al costado. «No se puede, joven», les dijo al volver a la mesa. Entonces, el mellizo devolvió el dinero a su billetera y la miró fijamente. «¿Te puedo pagar con esta?», preguntó, cogiéndose la entrepierna con la mano. La mesera se retiró sin decir nada.

Giré el rostro cuando escuché la carcajada de Mariano. Juan Diego y sus amigos también reían.

—No tiene nada de gracioso hacer eso, qué asquerosos —les reclamó Giuliana, y atravesamos la puerta de vaivén hacia el comedor.

Encima de la repisa donde la madre de Giuliana guardaba la cristalería y los platos para invitados, había un cuadro de la catedral de Cusco en tonos tierra. Verlo me hacía pensar en mi padre. El mismo cuadro adornaba una de las paredes de la casa donde en ese entonces vivía junto a su segunda esposa. Mi hermano y yo la llamábamos el

castillo de Transilvania. Adornos barrocos, las paredes recargadas de arte y retratos familiares, música clásica que sonaba sin parar en un pequeño equipo de sonido. El miedo al vacío y el miedo al silencio. Después de abandonar esa casa, papá vivió en varios departamentos para soltero. En la avenida Pardo, en San Borja, en el último piso de la residencial San Felipe. Lugares que para mí siempre fueron fachadas, escenografías sin profundidad en un set de televisión. Quizá, para nosotros, la verdadera casa de mi padre era su auto o los restaurantes a los que nos llevaba cada vez que salíamos. Nuestro hogar era la rutina que habíamos construido los tres, el cine de mediodía, las conversaciones que mi padre monopolizaba hablando de su trabajo. A veces nos mostraba los planos de sus obras. Se emocionaba, alzaba los brazos. «Este espacio largo, hijos, es la cocina. Esta línea es la puerta que conduce al jardín. Una parrilla quedaría muy bien pero ya depende del propietario. Para gustos y colores...». Estacionaba el auto, apagaba el motor y fantaseábamos acerca de las vidas de los propietarios. Imaginábamos juntos cientos de futuros alternativos.

Giuliana extendió el tablero de juego sobre la mesa del comedor. Un mapamundi ambientado en los mil setecientos donde Sudamérica estaba conformada por cuatro países: Argentina, Brasil, Venezuela y Perú. Jugar Risk me parecía una tortura. Según la caja, una partida se terminaba en dos horas, pero aquello raramente se cumplía. Cualquier guerra, sin importar la escala, toma más tiempo del necesario. Esa noche, Mariano y sus amigos se dedicaron a discutir ni bien se repartieron las fichas y territorios en el mapa. Cogían las instrucciones y ponían en duda o a libre interpretación cada regla del juego. «Muere, conchetumadre», gritaban al conquistar un nuevo territorio. Tres horas más tarde, solo Juan Diego, Mariano, Giuliana y yo seguíamos jugando. María Luisa, Daniela y Paloma se fueron a sus casas en el Sunny verde de la madre de María Luisa; Christian y los mellizos regresaron a La Barra a probar suerte.

—En un toque vienen a recogerme —dije, sobándome los ojos.

Enseguida, Giuliana intentó convencerme de que me quedara a dormir.

—Mañana te dejamos en tu casa después del desayuno. No seas

tela.

A sus padres no les gustaba que Juan Diego se quedara hasta muy tarde si estaban solos. Apenas daban las once, la madre de Giuliana se asomaba por las escaleras cubriéndose el pijama con una bata floreada. «Hija, ya es tarde», le decía. A pesar de la insistencia de mi amiga, dije que no. No tenía ganas de estar allí. No solo por la noticia de Daniela sino porque últimamente los planes en pareja terminaban de una sola forma. Con Giuliana y Juan Diego desapareciendo a besarse a cualquier otro lugar de la casa mientras Mariano y yo veíamos televisión incómodos. A veces se encerraban en el escritorio, otras en la cocina, incluso en el pequeño cuarto de triplay instalado en el jardín donde el padre de Giuliana guardaba sus herramientas y construía artículos de madera como *hobby*.

—Bueno. Ya fue el juego, ¿no? Hoy hay box, podemos agarrar la parte final de la pelea —dijo Juan Diego y empezó a recoger los soldados, cañones y caballos de plástico desperdigados por la mesa.

—Yo me encargo —respondió Mariano, poniéndose de pie.

Recuerdo que caminaba siempre con los brazos descolgados y arrastraba las zapatillas como Shaggy de *Scooby Doo*. Al llegar a la sala, Mariano tomó el control remoto del apoyabrazos de gamuza y buscó el canal de deportes. La pelea ya había terminado y los comentaristas repasaban los mejores momentos de cada *round*. Mientras mirábamos las imágenes, Mariano me explicaba los tipos de golpe y la manera de contar los puntos si no se ganaba por *knock out*. Nunca había entrenado de manera oficial, pero tenía un saco de arena colgado en el garaje de su casa y lo golpeaba todas las mañanas antes de ir al colegio. Giuliana y Juan Diego se esfumaron en las repeticiones del primer asalto.

—En el box, lo más importante es aguardar el momento preciso. Un solo golpe puede anularte por completo. A algunos boxeadores hay que sacarlos en camilla o silla de ruedas, ¿te acuerdas de Rocky?

Mariano hablaba como si lo hiciera con una amiga. No me tomaba de la mano, tampoco me miraba con atención. Lo que sea que le gustara de mí ya no estaba allí. Entonces, me acerqué y lo besé cerrando los ojos, presionando con fuerza mis labios contra los suyos,

cogiendo con mis manos el contorno de su cara. Me pregunté si la vergüenza que sentía al besarnos en público me había colocado en esa situación. De fondo se podía escuchar la voz del comentarista deportivo: «Ganar un combate por puntos nunca será igual a hacerlo por *knock out»,* acompañada de los ladridos roncos de Simón, el labrador blanco de la casa. Mariano me acariciaba el abdomen por debajo del polo. A medida que el beso se prolongaba sus dedos se movían hacia mi espalda formando pequeños círculos. Simón apareció frente a nosotros justo antes de que me diera un ataque de nervios. El perro se acercó al sillón, soltó un hueso de plástico sobre mis piernas y ladró agitando la cola. Lo lancé hasta la parte más alejada de la sala, el hueso cayó detrás de un baúl de madera repujada que adornaba una de las esquinas y que cuando éramos chicas hacía las veces de escondite.

—Quiero decirte algo —masculló Mariano mientras ocultaba las manos dentro de las mangas de su polera.

—¿Qué pasó? —le pregunté. Me puse de pie y fui a ayudar a Simón que ladraba junto al baúl. Saqué el hueso y se lo devolví. Cuando regresé al sillón, el perro me siguió.

—Creo que lo mejor es ser amigos —soltó de golpe.

Me quedé en silencio, acariciando la cabeza de Simón, que por ser un animal viejo tenía el hocico ya blanquecino y pliegues de piel en la parte trasera del cuello.

—¿Hice algo mal? —le pregunté sin dejar de mirar al perro.

—¿Tú? Nada. Eres una linda persona. Me gustas, pero algo no está bien —dijo jugando aún con las mangas de su polera.

—Entonces...

—No sé…

Sentí ganas de vomitar. El timbre de la casa me salvó de que la conversación se extendiera más de la cuenta.

—Entiendo. Patas. Ya vinieron por mí —dije concentrándome en el perro.

Mariano cogió el hueso y lo lanzó con fuerza. Qué cara habré puesto que cuando Simón fue a buscar el juguete, me agarró la mano. «Eres de puta madre», susurró y se ofreció a acompañarme al auto de

mi madre. Caminamos en silencio hacia la puerta principal que llevaba al jardín delantero y al garaje donde Simón pasaba la mayor parte del tiempo. Mariano intentó destrabar el cantol de la puerta sin éxito.

—Tenemos que salir por la cocina, no queda otra —le dije.

—¿Juan Diego?, ¿Giuli? —gritó Mariano antes de animarse a empujar la puerta de vaivén. Tosió con fuerza y cruzó el umbral con la determinación nerviosa de quien elige saltar frente a una piscina helada.

Entonces los vimos. Juan Diego recostado en la silla plástica del comedor de diario, Giuliana sobre sus piernas, el *top* fucsia hecho un nudo a la altura de su cuello. Parecía que Juan Diego le besaba las tetas. El rostro de Mariano se descompuso por completo al verlos. Noté que tenía los ojos vidriosos.

—No sean pendejos —dijo y me llevó de regreso a la sala comedor. Dos minutos después, Giuliana apareció con la ropa bien puesta para acompañarnos a la calle. Atravesamos el jardín en completo silencio mientras Simón nos perseguía haciendo sonar el hueso de plástico.

—¿Quieres que te jale a la avenida? —le pregunté a Mariano.

—No te preocupes, necesito pensar. No te pierdas, ¿ya? —dijo alejándose lentamente del auto de mi madre.

Me senté en el asiento del copiloto sin perder de vista el movimiento de sus brazos. Mariano volteó en la esquina de la calle 21 con la avenida Gálvez Barrenechea. Nunca más fue mi novio.

8.

Daniela y María Luisa discuten sobre qué hacer con Paloma. No se dan cuenta, pero partículas de pintura llueven del techo hacia sus cabezas. María Luisa cree que es momento de quitarle el trago a nuestra amiga y enviarla a dormir.

—No la has visto últimamente. Cuando toma parece que le agarran los diablos azules.

Daniela dice que esperemos un tiempo, que el baile la ayudará a recomponerse.

—No es ni la una y he cruzado el océano para verlas —se lamenta.

Paloma no las escucha, baila reggaetón pasado de moda, golpeándose las rodillas con la mesa de centro. Replica los mismos pasos de cuando éramos veinteañeras y apareció Daddy Yankee. Brazos arriba, las caderas en círculo. Cierra los ojos y se pone en cuclillas hasta tocar la alfombra polvorienta con las palmas de sus manos. Quizá imagina que aún no hemos pasado los treinta, que danza en medio de una discoteca repleta de gente, que la vida seria aún no comienza.

Cojo mi celular y abro la aplicación de videovigilancia para encontrar la imagen miniatura de mi padre. Mi mente viaja a una cafetería en San Isidro un par de meses atrás. Se trata de un lugar de productos orgánicos para oficinistas. Frente a la caja registradora se descuelga un jardín vertical. Los tallos y las hojas de la mayoría de plantas se han girado hacia la ventana en búsqueda de la luz. Mi padre y yo ordenamos un par de expresos sin azúcar. Mi hermano pide una botella de agua. «Papá, ¿cuánta plata debes?», le pregunta al cabo de cinco minutos. Después desliza el dedo sobre la pantalla de su celular. El historial crediticio de mi padre se despliega como la radiografía de varios huesos rotos. Papá no entiende lo que ve. Toma la taza y bebe un sorbo de café. «¿Cómo han conseguido esa información?», dice, y se limpia el sudor con una servilleta. «Hay empresas que se dedican a eso. Centrales de riesgo *online*… pero eso

da igual. ¿De cuánta plata estamos hablando?», le increpa Sergio. «No se preocupen, hijos. Yo estaré bien. Pero sí les digo algo. Acá, en este país, los bancos son los verdaderos rateros. Si siguen así van a tumbarse a toda la clase media». Mi hermano coge una servilleta del centro de la mesa. «A ver, papá. ¿Estás pagando un seguro? ¿Cuánto cuesta?». «Hijo…». «Papá, ¿cuánto es?». «Doscientos dólares». «¿Cuánto de alquiler?». «Hijo…». «Papá, ¿cuánto pagas de alquiler?». «Son quinientos dólares más gastos de servicios. Pero me voy a mudar. Eso ya no será un problema, hijito. Elita me ha ofrecido un cuarto en su nuevo departamento. Apenas esté listo me voy por allá». Sergio anota las respuestas sin mirarlo, igual a un médico en visita a domicilio. La servilleta se ha convertido en una pequeña matriz dividida por meses. Fuera del café, entre la multitud, reconozco a un perro afgano de pelo lacio y lustroso. Acompaña a una mujer que conduce una bicicleta azul. Dicen que los perros de raza grande van camino a la extinción. Que ya nadie los quiere. Que lo normal, ahora, es elegir perros de bolsillo. «¿Por cuánto tiempo, papá?». «Hasta que me estabilice, hijo. Desde febrero o marzo. Esa plata se va derechito a pagar las tarjetas». «Lo mejor sería que te mudes a un lugar más barato. No tiene que ser en San Isidro, papá». La mujer del afgano estaciona su bicicleta en la puerta del café. Amarra la cadena del perro a un poste de luz. El animal se desespera. Se para en dos patas, pega el hocico en el vidrio, aúlla como si estuvieran a punto de abandonarlo. Es la primera vez que veo un afgano de cerca. «Sí, hijito. Estoy viendo dónde puedo quedarme». Mi padre esconde la mirada en la oscuridad de su café. Hay cosas que el corazón susurra y otras que grita. Las segundas llegan como una sacudida ineludible. Se abren paso por sí solas. Ponen en evidencia un peso que no sabíamos que estaba allí. Entonces, mis palabras surgen sin que pueda contenerlas. «Puedes quedarte conmigo, papá», le digo, y él acepta.

El grito de María Luisa me saca de mi divagación.

—¡Huevona, cuidado! ¡La mesa es de vidrio, baja de ahí!

Paloma baila sobre el mueble sin hacer caso. Alza una mano, mientras que con la otra sostiene un nuevo vaso de chilcano. Solamente por ver la escena soy capaz de sentir el vidrio a punto de

quebrarse en mil pedazos, como una capa de hielo que se cuartea y deja al descubierto una laguna de aguas heladas que engullirá a Paloma hasta tocar fondo.

—¡Baja de ahí! ¡Si la mesa se rompe, te vas a cortar las piernas!

Daniela se acerca y la toma del brazo para hacerla bajar a la fuerza.

—Paloma, no te pongas pesada, ve a dormir un rato, por favor —le dice María Luisa.

Nuestra amiga se rinde. Coge la mano de Daniela y sigue las indicaciones como una niña molesta. Agacha la cabeza y arrastra los pies hacia la habitación hablando para sí misma. Se pregunta si es una puta o una cagona. Grita que Tato y Tatito merecen a una mejor persona. Daniela la abraza, le acaricia el pelo enredado y luego abre la puerta de la habitación.

—Esta huevona… —suelta María Luisa aliviada una vez que Paloma ingresa y cierra la puerta.

Martín me escribe un nuevo mensaje. Quiere saber cuándo hablaré con mi hermano o si acaso lo haré con mi padre directamente. No le respondo. A pesar de estar en El Refugio, no dejo de pensar en mi papá o, mejor dicho, de sentirlo; está ahí, latente, como un dolor de cabeza producto de la resaca, como un programa que corre en segundo plano y drena la batería del celular. Papá se ha convertido en un nudo de dolor e incertidumbre que tengo que sacarme de encima. ¿Se puede conocer mejor a alguien a través de una pantalla? Decido acudir a ellas. Aunque dudo que tengan una respuesta, lo que necesito es su compañía.

—Quiero enseñarles algo —digo con el celular en alto.

Mis amigas me miran con atención. Ahora soy yo quien pasará a ser objeto de estudio.

—¿Se acuerdan de que les conté que mi papá se está quedando en mi departamento por unas semanas? Las cosas son peores de lo que pensé.

Busco la aplicación de videovigilancia en mi celular. El logotipo es la silueta de un investigador de los años cincuenta. Gabardina, sombrero de ala ancha y lupa por delante. Al ingresar, lo primero que salta en la pantalla es el muro de incidencias. Un listado de fechas

acompañado de imágenes pixeleadas que muestran distintas áreas del departamento. Cada imagen corresponde a una alerta que llega al teléfono de Martín y que raramente revisa. Las cámaras capturan todos los ingresos, salidas y movimientos extraños que suceden en el departamento mientras estamos en el trabajo. Son tomas de veinte segundos que se almacenan una tras otra en la nube. En el último registro figura una imagen de mi padre detenido junto a la puerta entreabierta del departamento. Doy clic sobre la captura. En la esquina del video se indica la hora; son las 9:30 a. m. y mi padre hace su aparición. La trampa se activa y cae sobre el animal. Lleva un periódico y una bolsa entre las manos. Deja el diario en el recibidor e ingresa a la cocina.

—Se supone que mi papá sale a trabajar todos los días. Que va a su taller, que le va mal pero que tiene un trabajo. Pero en realidad se la pasa todo el día en la casa —les digo mientras repaso otros registros.

Lunes, martes, miércoles, jueves, la misma escena a la misma hora.

—Miren este video. Las once de la mañana de ayer.

Papá sentado en el sofá, los codos apoyados sobre sus piernas, los puños que sostienen su barbilla, la mirada perdida en un punto vacío de la sala. El rostro de un hombre derrotado. Una imagen tan distinta a la de mi padre la noche anterior mientras debatía con Martín acerca de los resultados del último partido de Alianza Lima.

—Miren este otro.

Mi padre en su habitación temporal, que es en realidad el cuarto donde vemos televisión. No le hemos puesto demasiado esfuerzo, un sofá-cama, un frigobar y una mesita, que sabemos en un futuro no determinado darán paso a una cuna. En el video, papá marcha de un extremo a otro, habla por teléfono, se coge la cabeza. Una película de cine mudo imposible de descifrar.

—Joder, qué fuerte. ¿Qué vas a hacer? ¿Has hablado con tu hermano? —pregunta Daniela.

—Mañana, apenas regresemos a Lima, lo llamo. Ya en unos años mi papá no podrá trabajar. ¿Qué va a ser de él? ¿Cuál es mi papel? ¿Mudarlo conmigo?

María Luisa cambia su botella de agua por una lata de cerveza y me

mira fijamente.

—No quería tomar alcohol porque empiezo finales en la maestría, pero ya qué chucha. Yo tampoco veo nada bien a mi vieja, amiga, no a ese punto, pero desde que operaron a mi papá y se jubiló no sabe qué hacer. Sale al supermercado y al banco una vez al día y vive pendiente de los chismes de su extrabajo. Treinta años trabajando en el mismo lugar, haciendo las mismas labores mecánicas. Primero en máquina de escribir, luego en computadora. Ahora nos ha salido con que ya es tiempo de hacer su testamento. No sé, chicas. Nos hace prometer a mis hermanas y a mí que nunca nos pelearemos por plata. Que si un día le da cáncer tenemos que dejarla morir. Cosas de ese tipo. Es difícil aceptarlo, pero ya son ancianos. De repente no tanto los papás de Dani, pero los nuestros sí. Ya les hemos tomado la posta y seguimos pensando que somos veinteañeras. Eso se lo escuché a un psicólogo o sociólogo. Somos una generación aniñada, que envejece al pasar los treinta, cuando algo nos sucede de golpe. Nos convertimos en padres o nuestros padres mueren, enferman o hay que rescatarlos de la ruina económica y dejamos de ser solamente hijos.

—Eso. ¿Cómo se supone que me haga cargo de mi papá? —digo, mientras cierro la aplicación del celular.

—Tómalo con calma, ¿vale? Lo de tu papá se va a resolver y, si no, siempre puede regresar con Silvana. Esa señora seguramente lo recibe feliz —responde Daniela.

—Silvana no, Silvia —la corrijo.

—Ella. Nunca me voy a olvidar de la vez que disolvió un clonazepam en el agua de tu viejo para que no saliera de la casa.

—Puta madre.

Me levanto del sillón y me acerco al bar. El recuerdo de Daniela activa otra escena dentro de mí. Es de hace unos ocho años y acaba de morir Marita, la pareja que durante años mi padre no reconocía como novia. Quizá porque empezó siendo amiga de Silvia, y aquello le daba vergüenza. Marita me caía bien, era una *groupie* de mi padre, lo acompañaba en sus locuras y era además la socia capitalista de sus emprendimientos. En sociedad produjeron café, diseñaron un modelo de casa rodante. Proyectos que siempre quedaban en la etapa de plan

inconcluso. El recuerdo me lleva al día de su velorio. A mi padre tomándome la mano, bajo un árbol robusto, para decirme que, poco antes de la muerte de Marita, en el hospital, le acarició el rostro y le pidió que fuera su novia. Ella aceptó, sin hacer ningún comentario. Se quedaron mirándose, temblando juntos, mientras por sus mejillas corrían lágrimas de resignación. Me pregunto cuánto de su dolor tiene que ver con eso. Con las palabras que flotan en el aire demasiado tiempo sin ser dichas. Cuánto con el hecho de que es un hombre que se va quedando solo. A pocos metros de mí, otra lámina de pintura blanca se ha desprendido del techo igual que uno de esos bloques de hielo que se desplazan a la deriva en medio del océano. Como mi padre, como yo.

9.

A los trece años, Daniela y yo éramos fanáticas de *Clarissa lo explica todo*. Nos gustaba la serie porque su protagonista era una adolescente sarcástica que se describía a sí misma como la hija anormal de unos padres perfectamente normales. La tarde en que su padre volvió de sorpresa a Lima, Daniela y yo teníamos los ojos clavados en el televisor Goldstar de la habitación de su madre. Veíamos un monólogo en el que Clarissa hablaba acerca de su reciente vocación de poeta: «*Una envoltura de dulce vuela por el patio, una oxidada bici yace en el césped*». Escuchamos la puerta cerrarse y automáticamente los gritos de alegría de su hermana y su abuela. No entendía qué estaba sucediendo hasta que Daniela salió disparada del cuarto. La seguí, guardando distancia. Se trataba de una intimidad que no me pertenecía.

—¿Qué haces acá? —fue lo primero que le preguntó después de abrazarlo.

—Vine a sorprenderlas. ¿A qué hora llega tu mamá? —le respondió su padre, guiñando un ojo.

—Llega como a las seis. Ya debe estar en camino.

Los ayudé a esconder la maleta en el cuarto de servicio y a montar la escena para sorprender a su madre. Una mesa para el lonche que incluía una botella de espumante español. Luego, Daniela y yo salimos a comprar a la panadería que marcaba el muro imaginario que no teníamos permitido cruzar.

—Qué loco tener a mi papá acá —me dijo mientras nos entregaban la bolsa que contenía panes franceses y *ciabattas*.

En el camino de regreso, Daniela iba feliz.

—Podemos ir a pasear y enseñarle todas las cosas que han cambiado. Creo que cuando él se fue no existían el Jockey Plaza ni Larcomar.

De pronto, un auto destartalado pasó a nuestro lado y levantó una piedra del suelo que voló como proyectil hasta el cuello de Daniela. El

impacto y el dolor fueron tan intensos que mi amiga cayó al piso. Nunca la había visto llorar con tal desesperación. Una pareja y el vigilante de la cuadra se acercaron para auxiliarla. El chico que atendía en la bodega salió y le entregó una bolsa de hielo.

—¿Si esto es una señal? —preguntó después de limpiarse las lágrimas.

Cuando llegamos a su casa, el golpe se había convertido en un moretón del tamaño de una pelota de tenis.

—Escucho un zumbido que no se va —musitó Daniela.

—Vamos a emergencias, tiene que verte un doctor.

El padre de Daniela dirigió la conversación durante todo el trayecto hasta la clínica. Refunfuñaba por el tráfico, le preguntaba a su familia cosas triviales, armaba planes para sus vacaciones y cada cierto tiempo nos interrogaba sobre el auto que había disparado la piedra. La visita a la clínica fue breve. El doctor revisó a Daniela, le recetó un desinflamante y le colocó un parche largo en el cuello.

—Van a pensar que te han hecho un chupetón —susurró su hermana en el auto de regreso a casa.

Daniela le pellizcó la pierna. El padre de Daniela intervino.

—No se peleen. Hoy desempolvamos el karaoke, ¿qué dicen?

Esa noche cantamos canciones de Luis Miguel, Alanis Morissette y Pimpinela. Cuando nos fuimos a dormir, le pregunté a Daniela si seguía pensando en la piedra proyectil como una señal. Mi amiga se rio. Me dijo que no estaba segura. Intenté convencerla de que se trataba de una fijación ridícula.

—Tu familia siempre ha sido de las más unidas de la promoción.

Daniela se quedó en silencio.

—¿Dani? ¿Dani?

Cuando volteé a verla, dormía con la boca abierta y abrazada a un peluche almohada de Garfield. Al día siguiente, la madre de Daniela nos despertó para ir a desayunar chicharrones al lugar favorito de su padre. Un restaurante ubicado en la cochera de una casa a pocas cuadras del coliseo Dibós. Al terminar, fuimos a Polvos Rosados para buscar polos Lacoste de imitación.

—Los españoles no se dan cuenta de la diferencia. Solamente hay

que fijarse en cómo está bordado el cocodrilo y en los tonos nácar de los botones —dijo el padre de Daniela mientras elegía entre las prendas de distintos colores que se exhibían en las paredes.

—Papá, cállate. No hagas roche —soltó Valeria en voz baja.

Daniela y yo aprovechamos la salida para pasear por los pasadizos de la galería. Mi amiga se compró un *kit* de bisutería que contenía ligas, cuentas y dijes para armar pulseras de la amistad. Esa tarde, antes de volver a mi casa, dejé a Daniela feliz, sentada sobre su cama, colocando con cuidado de cirujano las cuentas y ligas de su *kit* dentro de un organizador de plástico morado, sin tener la menor idea de que su mal augurio estaba a punto de cumplirse.

—Papá, ¿te vas a llevar el teléfono que te dio el tío Miguel a la reunión?

—No, tu mamá está llevando el suyo.

—Préstamelo para jugar.

Daniela jugó cinco, seis, siete partidas de Snake y al navegar por el menú principal en búsqueda de otro juego, un comando equivocado la llevó al buzón de mensajes enviados. *Hola, linda, estoy en Lima por vacaciones*. Daniela soltó el celular sobre la cama y salió asustada de su habitación. En el camino se encontró a su abuela, que regaba una maceta de suculentas.

—¿Pasa algo, hijita?

Daniela le dijo que no, atravesó el corredor e ingresó a la cocina. Se sentó en la mesa de diario, retiró el teléfono inalámbrico de su base y me llamó.

—Lo de la piedra sí era una señal —dijo desesperada para después hablarme de su hallazgo.

—Puede ser un malentendido. Antes de hacer cualquier cosa, habla con Valeria —le dije.

Daniela me contó luego que abandonó la cocina y fue en búsqueda de su hermana. La encontró recostada en la cama, escuchando a los Red Hot Chili Peppers a todo volumen mientras garabateaba un cuaderno a rayas.

—¿Qué te pasa, chibola? Estás pálida —le dijo, retirándose los audífonos de las orejas.

Daniela aseguró la puerta, se sentó al borde de la cama.

—Habla, Daniela… no la hagas larga.

—He descubierto algo —respondió mi amiga casi susurrando.

—¿Qué cosa?

En cuanto le habló del mensaje, Valeria le pidió que fuese por el celular. Quería intentar averiguar más detalles del número. Pero antes de que mi amiga se pusiera de pie, sus padres aparecieron en la habitación con una bolsa de sánguches en las manos. Al día siguiente, cuando Daniela por fin tuvo acceso al aparato, no encontró ni rastro del mensaje.

—Sin evidencia ya no tenemos qué o cómo averiguar. Puede ser cualquier cosa —le dijo su hermana.

—¿Vamos a dejarlo ahí? —le increpó Daniela, sobándose las manos.

—Tenemos tres opciones. Hablar con mi mamá, hablar con mi papá o no hacer nada. Creo que es mejor que nos olvidemos.

Daniela se quedó muda.

—Es mejor no decir nada. Yo viajo a fin de año. Mis papás llevan demasiado tiempo juntos. Desde que tienen tu edad, creo. Así estén lejos no saben quiénes son el uno sin el otro.

—¿Y si es la mujer del banco?

—Ese no era su nombre. Es mejor dejarlo así.

Daniela y su hermana no volvieron a hablar del tema. A las pocas semanas, cuando le pregunté a mi amiga por el mensaje respondió sin mirarme a los ojos.

—Valeria cree que es un mensaje equivocado y que no debemos decirle nada a mi mamá. Mi papá no haría algo así dos veces.

Recuerdo que sacudió la cabeza para expulsar las ideas, para olvidarse, como un perro que busca desesperadamente liberarse y luego encendió el televisor. En la pantalla los protagonistas de *¿Le temes a la oscuridad?* se preparaban para contar una nueva historia de terror alrededor del fuego.

—Creo que es el capítulo de la muñeca que incendia la casa de su dueña… Oye, si necesitas hablar de lo de tu papá, estoy aquí. Tú siempre me das consejos sobre el mío —le dije.

Daniela asintió.

—¿Cómo sigue la loca de Silvia? —me preguntó riendo.

—Igualita. El otro día mi papá nos llevó un rato a su casa y la encontramos de rodillas en el piso pintando con spray dorado todos los marcos de los cuadros de su departamento. Con las justas podíamos respirar.

Mi amiga bajó el volumen del televisor.

—¿Tú crees que los mensajes son equivocados, como dice mi hermana? ¿Y si Linda es la tipa del banco?

—¿Qué tipa? —le pregunté.

No entendía bien a qué se refería. Hasta ese momento Daniela nunca me había contado con detalle los motivos de la mudanza de su padre a Valencia. Para mí se trataba básicamente de un tema económico. Una reducción de personal en el banco que eliminó a los gerentes sin título universitario. Daniela me miró fijamente.

—Un tiempo antes de que despidieran a mi papá, se peleó horrible con mi mamá. Estaban encerrados en su cuarto, pero Valeria y yo igual escuchamos sus gritos. Mi mamá repetía y repetía que los había visto con sus propios ojos, que nadie tenía que contarle nada, que la fulana era muy joven. Papá gritaba que cómo se le ocurría. «No soy ninguna cojuda, Jorge», le dijo. Oímos que algo se reventó contra el piso. La pelea continuó en el comedor hasta que mi mamá tiró la puerta y salió de la casa. Mi papá la siguió. Las cosas cambiaron mucho después de esa pelea. Casi no se hablaban. Además, mi papá buscaba trabajo y no encontraba nada. Así pasaron meses muy feos. Las cosas mejoraron recién cuando salió la opción de irnos a Valencia. Podemos empezar de cero, dijo mi papá. Estaban conversando en la cocina. Mi mamá le dio la mano, luego se puso a llorar. Más tarde, de lo único que hablaban era del viaje. Ahora no sé qué hacer. ¿Si los mensajes son de ella?

Daniela necesitaba mi ayuda y yo no tenía idea de qué decirle. Mi madre y Gustavo nunca discutían y las peleas con mi padre eran de un tiempo muy antiguo.

—Hazle caso a Valeria y trata de olvidarte —le sugerí.

Mi amiga fingió no escucharme y subió el volumen. En el televisor, una muñeca de sonrisa falsa y ojos de fieltro prendía fuego a las

cortinas de la habitación de su dueña, que la miraba desde debajo de la cama sin poder escapar.

10.

Basta levantar la vista para comprobar que la filtración de agua se ha expandido por todo el techo. Las láminas de pintura caen como nieve sucia sobre el piso y los muebles.

—¿Si llamamos a tu viejo? Él debe saber —dice María Luisa inspeccionando el desastre.

—Son las doce y media. Debe estar durmiendo.

—¿Despertamos a Paloma, entonces? —pregunta Daniela.

—Mejor no, ¿si se levanta con sus diablos azules? La última vez que se emborrachó así fue un escándalo. Salimos por el cumpleaños de Tato a un *irish pub* y se quedó dormida en el sofá. Nos gritó de todo cuando quisimos despertarla. A Tato le tiró una cachetada.

Cojo el celular y llamo a Martín. Sé que lo encontraré lúcido, probablemente frente al televisor jugando *Call of duty* en línea con sus amigos.

—Hola, amor. ¿Pasó algo? —me dice. De fondo se escuchan balazos y el rastrillar de una ametralladora virtual.

—¿Mi papá está despierto?

Martín se ríe.

—Voy a buscarlo.

Lo imagino perfectamente, el pijama estirado y el control remoto entre las manos mientras busca a mi padre. Un par de golpes sobre la puerta de madera hueca y papá se pone al teléfono.

—Hijita, ¿qué pasó?

Hago el recuento lo más detallado posible. Le explico que la filtración avanzó de a pocos y empeoró de golpe. Nos dimos cuenta demasiado tarde. Un cáncer focalizado, que crece y hace metástasis. La filtración ha tomado todo el techo y la pintura se desintegra cada vez más rápido. María Luisa tiene la teoría de que también llueve cemento y la casa puede colapsar en cualquier instante.

—Nada de eso. Lo primero que tienen que hacer es cerrar todas las llaves de agua y mañana en la mañana llaman a un gasfitero.

Las palabras de mi padre cambian por completo nuestro plan de actividades de la noche. Papá me dice que le describa la casa. Pide que vayamos a la cocina, a la lavandería, a los baños. Inspeccionamos todos los lugares a donde llega el agua, cerramos las llaves y probamos que los caños se encuentren secos. Luego corremos a la sala para analizar el resultado de la operación.

—Bien, carajo —dice María Luisa con los ojos pegados en el techo.

La situación parece no haber empeorado y según mi padre aquello es una buena noticia. Tenemos que esperar para saber si el problema se solucionará sellando la fisura o si se ha comprometido algún cimiento. Como con cualquier dolor, la gravedad y la ubicación del daño saldrán a la luz a su propio tiempo.

—Vamos afuera. Todo huele a moho —digo, y salimos de la casa.

Nos sentamos en silencio en el borde de la jardinera de ladrillos caravista en la que durante mucho tiempo crecieron geranios. Es Daniela quien rompe el hielo. Rocío respondió a su mensaje.

Hola, Dani
Mándales un saludo a las chicas
Diles que Giuli está mucho mejor
Saliendo de a pocos de su problema.

Qué bueno saberlo. Vimos una foto y se le ve mucho mejor.
¿Le pasó algo? ¿Podemos ayudar?
Chío, disculpa por escribir a esta hora.

Estoy despierta, no pasa nada
Con Giuli…
podría decir que fueron varias cosas
No soy la persona indicada para contar algo así
Pero lo importante es que está mejor. Gracias por preguntar.

No te preocupes, =)
Tal cual. Lo importante es que está bien.

—No nos quiere contar. Ya más no podemos hacer. Quizá no nos corresponde saber. Lo mejor es pensar que estará bien —les digo.

A varios metros de nosotras, una lechuza sobrevuela el cielo negro. Planea sin hacer ruido y a gran velocidad. Dicen que estudiar el vuelo de las lechuzas es clave para acabar con la turbulencia en los aviones. La postura de sus alas se adapta para soportar cualquier corriente de aire. Luego desciende sobre su presa en el más absoluto silencio.

—Pobre Giuliana, ¿a qué problema se referirá? ¿Y si le escribimos nosotras? ¿Vale? —se lamenta Daniela.

—¿Recuerdas cuando la vimos en el velorio de miss Zaida? ¿Eso fue hace cuánto? —le digo a María Luisa que juega con sus nudillos—. ¿Cinco años? Estábamos hablando de lo más bien, recordando algunas cosas de los años en que miss Zaida fue nuestra profe y aún parábamos juntas. Como cuando se pusieron de moda los chistes de *La casa de las bromas* y Susana Padilla dejó una probeta de olor a pedo junto al escritorio de miss Zaida que no dejaba de tener arcadas. Contábamos un par de anécdotas y en medio de la conversación, de la nada, dejó de escucharme. Pensé que era porque a mí no me traga. Se acercó a los arreglos florales y se quedó pegada. Me asusté, no despegaba los ojos de allí, ni quería escucharme. Me pareció todo muy raro y me fui. El otro día, La chata puso en uno de los chats de la promoción que ya habían pasado varias cosas con Giuliana. Se supone que su hermano la vio poco tiempo antes de lo del parque. Se la encontró en el estacionamiento de El Polo, acusaba a una señora mayor de querer llevarse su carro. Intervino un vigilante y empezó a gritar más fuerte. Si no ha sido algo aislado, debe ser otra cosa. ¿Qué tendrá? ¿Bipolaridad? ¿Esquizofrenia? Yo tuve un tío con esquizofrenia. El papá de mi prima Danitza. Se suicidó saltando de un edificio. Acusaba a mi tía de haberlo engañado con un congresista.

—Joder, no seas tan negativa. Yo le escribiré a Giuliana cuando pase un tiempo, ¿vale? Que ella me cuente lo que quiera contarme. A Giuli, a pesar del final, la recuerdo con cariño, hemos vivido muchas cosas juntas. En Valencia tengo pocas amigas, solamente están las bíblicas Esther y Ruth. Así las llama Esteban. Lo del parque y cualquier otra historia de Giuliana tiene que ser una mezcla de cosas.

Sea lo que sea quizá en algo se le pueda tender una mano. Creo que ya me voy a la cama, ha sido una noche extraña.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Daniela se soba la cara con las manos y suspira.

—Normal, un poco enfadada nada más. Miren cómo terminó mi despedida. Siento que cada vez que regreso a Perú algo sucede. ¿Se acuerdan de mi última visita? Joder. Me llevaron a comer a un restaurante de moda y Malú terminó con collarín porque nos chocó una combi. Antes de eso falleció mi abuela y, si mal no recuerdo, en esa misma visita fue la reunión de reencuentro con las chicas del cole. La pasé fatal y no solo yo, eh. ¿Se acuerdan? La única persona que habló con honestidad fue Grisel Lara, aceptó que tenía un curro de mierda en una agencia de viajes y luego se secó un chupito de tequila. Creo que ya no tengo que venir más. Quizá deba quedarme en España y asumir que mi vida sucede solamente allá.

María Luisa blanquea los ojos.

—No hables huevadas.

—Joder. Para ti es fácil decirlo. Ni siquiera eres consciente de la tontería sobre el viaje a Milán que me dijiste cuando llegamos. Lo mismo con tus sugerencias para que estudie una carrera virtual. Hasta me mandas enlaces de convocatorias por WhatsApp. A veces ni saludas, abro el chat y encuentro el enlace a algún curso. ¿Qué tanta obsesión con eso? Es mi problema. No me da la puta gana.

—Lo hago con la mejor intención.

—La verdad, me cuesta mucho enganchar con lo que dejé aquí. Aunque allá no encajo del todo, acá encajo menos. Yo las quiero muchísimo, las echo de menos, pero las veo y me hacen recordar que estamos en lugares muy distintos. Si me hubiera quedado en Lima, ¿quién sería yo? ¿Hubiera estudiado Medicina? ¿Sería como ustedes? Entre ustedes ya ni se parecen. ¿Alguna vez nos parecimos? Me recuerdan lo malo y lo bueno que tengo. A mí no me enfada trabajar en la tienda. No era el plan original, pero así sucedió. Para mí está muy bien, vivo tranquila. En Europa se vive de otra manera. No tienes por qué preocuparte por mí en ese aspecto, María Luisa.

—Uy no. ¿Qué es esto? ¿Un discurso sobre que en Europa son seres

más evolucionados que acá porque no es necesario preocuparse por tener un buen trabajo?

—No. No quiero decir eso, pero sí que se vive más libremente.

Noto que el mensaje de Daniela también es para mí. Por primera vez, en más de veinte años de amistad, me siento más cerca de María Luisa que de Daniela. Al final somos dos ranas que habitan en el mismo paraíso artificial. Si Daniela ataca su forma de vida ataca la mía. Sé que María Luisa quiere responder, pero la miro para que sepa que estamos en el mismo bando. Frunce el ceño y se muerde la lengua. Yo también me quedo en silencio. Es Daniela la extraña. La amistad sin proximidad se convierte en otra cosa. Quizá en un vehículo para honrar el pasado, para aferrarnos a otras versiones de lo que fuimos, un espacio para reconstruir juntos lugares y tiempos que solamente existen en la voz de otros como en una gran novela coral.

Daniela suspira y camina hacia la casa. Cuando levanto la mirada, noto que la lechuza ha dejado de planear en el cielo. Ahora nos juzga silenciosa desde un poste de luz.

11.

Al día siguiente de que Mariano terminara conmigo, salí a pasear en bicicleta con mi madre y Gustavo. Era un plan de pareja que repetían todos los sábados. Subían a sus bicicletas y conducían por la carretera hasta el serpentín de Cieneguilla mientras el calor seco de La Molina les hervía el cerebro. Ese día no llegamos al final de la ruta, dimos vuelta cuando alcanzamos los restos del Aventura Park, un parque de diversiones cuyas principales atracciones eran un campo de minigolf y una pista de patinaje en línea. Al igual que la mayoría de los emprendimientos que se inauguraban en el distrito, el lugar nació sentenciado a muerte. Cerró al sexto mes de operación y se convirtió en un triste punto de referencia para quienes atravesaban El Sol de La Molina.

Me gustaban pocas cosas de vivir en La Molina. La quietud de sus tardes, que me permitía oír a los árboles agitándose contra el viento; las bandadas de loros amarillos que sobrevolaban su cielo; pero sobre todo la laguna artificial ubicada a pocas cuadras de donde vivíamos. Se trataba de un estanque de aguas verdosas construido a partir del forado que quedó luego de que empezaran a urbanizar el distrito en la década de 1950. Construyeron un ecosistema vivo de una cantera de hormigón. La laguna era casi el único lugar al que mi madre me dejaba salir sola. Me sentaba en un muro muy cerca del agua, descolgaba mis pies y desde allí les daba de comer restos de galleta a sus huéspedes. Familias completas de patos de plumaje oscuro, gansos y peces que peleaban entre sí. Esa mañana, antes de volver a casa, estacionamos las bicicletas frente a la laguna para tomar un poco de aire.

—No me has dicho si tienes algún plan para hoy. Gustavo y yo iremos a un matrimonio —dijo mi madre mientras jugueteaba con los cambios del manubrio.

Le conté que era el cumpleaños de uno de los primos de María Luisa y lo celebraría en la casa de su tía.

—Pero da igual. No tengo ganas de ir.

—¿No va Miguel? —soltó mi madre, mirándome fijamente.

—¿Quién es Miguel? —pregunté molesta.

—Miguel, tu pretendiente.

—Si te refieres a Mariano, no, no va. Además, ¿para qué quieres saber?

Los ojos verdes de mi madre se abrieron por completo, sus labios se juntaron con fuerza.

—¿Qué formas de responder son esas? ¿De cuándo acá esos arranques?

Frente a nosotros, un niño cruzaba el muro hacia la orilla del lago. Un pie y luego el otro con torpeza hasta ensuciarse las rodillas de tierra. Los animales huyeron de inmediato, salvo un pato joven que se acercó para picotearle los pies. Aquella era una escena común. Niños transgrediendo límites, padres regañándolos. La laguna era un refugio para locales y foráneos. Cuando terminé el colegio y las restricciones sobre mis salidas se terminaron, seguí visitándola. Algunas veces para emborracharme, tomando ron barato, junto a los pocos amigos que hice en la universidad. Otras veces, simplemente para estar ahí. Escuchaba música deprimente a todo volumen mientras observaba a los animales. Desde tilapias de ojos redondos hasta renacuajos pequeñísimos que se movían casi imperceptibles y veloces.

Esa mañana, mi madre y yo volvimos a casa sin hablar. Almorcé en mi habitación a la par que veía una maratón de *Vecino asesino* en la televisión. Me fascinaban las series de *true crime* donde se llevaba al extremo aquello de que nunca se conoce a las personas. Al rato, mi madre llamó a la puerta. Tenía el pelo húmedo y vestía una chompa crema que mi hermano y yo le habíamos regalado por su cumpleaños.

—Si al final te animas a ir a la fiesta del primo de María Luisa, me avisas para organizarnos. ¿Te ha pasado algo? Porque si es así y te sientes mal, lo mejor es distraerse.

Estuve a punto de hablarle de Mariano, de contarle que le gustaba otra persona, de describirle la cara que puso al ver a Juan Diego y Giuliana juntos en la cocina. Pero no dije nada, no sabía cómo explicar un rechazo, expresar el sentimiento de descubrir que no se es

suficiente. Asentí sin despegar los ojos del televisor; volví a la historia de los hermanos Anderson y su vecina Mary, la enfermera que enviaba a los ancianos de un asilo al sueño eterno.

La casa de los tíos de María Luisa quedaba en la calle Los Capulíes en Miraflores. Era un monstruo de paredes de ladrillo y árboles muy altos que ocupaba casi toda una cuadra. Por fuera permanecía siempre resguardada por agentes de seguridad instalados en un par de camionetas 4x4.

—Acá vive Lizardo Saona. Este pata se hizo millonario siendo el corredor de seguros de Fujimori —dijo Gustavo antes de que me bajara del auto.

Al entrar a la fiesta vi a Daniela en la pista de baile. Se movía al ritmo de un merengue, tomada de la mano de un chico alto, de labios gruesos y acné en la frente. Ni guapo ni feo, casi perfecto para Daniela. Le hice una mueca de saludo y me acerqué a la mesa donde se encontraban mis amigas.

—Creo que van a chapar —me dijo Paloma, sobándose las manos contra el pantalón.

Para entonces, Daniela era la única del grupo que nunca había besado a nadie, por eso mirarla nos llenaba de adrenalina. Nos convertía en testigos y cómplices. Cuando la canción terminó, Daniela y su acompañante abandonaron el tabladillo. Giuliana apareció justo en el momento en que Daniela regresó a la mesa. Me sorprendió su presencia. Giuliana y Juan Diego habían quedado en salir con Christian a otra fiesta. Pero allí estaban. Ella, el pelo espléndidamente lacio y el rostro maquillado en tonos tierra. Él, tomándola de la mano, la mirada clavada en el mozo que se abría paso ofreciendo vasos de cerveza y *cocktails* en miniatura.

—¿Quién es? Cuéntalo todo —preguntó Giuliana.

Daniela nos dijo que se llamaba Patricio y que volvería en cualquier momento del baño. Entonces Giuliana avanzó hacia Daniela y le habló al oído. El volumen de la música no me dejaba escuchar nada de lo que decía. Daniela atendía al monólogo y afirmaba con la cabeza cada cierto tiempo como si estuviera frente a una vidente en plena lectura de su futuro. Cuando Patricio salió del baño, se acercó a saludarnos y

enseguida se llevó a Daniela de vuelta a la pista. Se besaron poco antes de que terminara de sonar *A puro dolor* de Son by Four. Después, abandonaron el tabladillo para instalarse en la mesa más alejada de la fiesta.

—Objetivo cumplido —dijo Giuliana y giró el rostro hacia a mí—: Oye, ¿te puedo preguntar algo? Si la respuesta es no, no hay problema.

—Sí, ¿qué fue?

—Mariano le ha escrito a Juan Diego. No tiene planes. ¿Normal si viene?

—Normal —respondí confundida.

Pensé por un momento que Mariano había cambiado de opinión y me pediría perdón. Pero mis ilusiones desaparecieron al poco rato que llegó. Me saludó con un beso en la mejilla y enseguida volvió a su papel usual, comportarse como el perro faldero de Juan Diego y Giuliana. Lo primero que hizo fue obedecer a Juan Diego y arreglar con un mozo de bigote teñido para que en nuestra mesa nunca faltara una jarra de cerveza. Yo era quien menos bebía en el grupo. Me asustaba perder el control. Que el alcohol cambiara algo dentro de mí y expusiera a un ser desagradable, como tantas veces había sucedido con papá. Mi madre se encargaba de recordárnoslo siempre: «Hijos, de lo que se lleva en los genes es imposible huir». La presencia de Mariano me hacía sentir incómoda y avergonzada. Pero toda mi indignación se canalizaba en Giuliana.

—Qué maleada Giuliana para invitar a Mariano. Tú no le des bola. Compórtate como si no estuviera aquí —soltó María Luisa y me arrastró junto a Paloma a la pista de baile.

«*¡Ingrata!, ¿que no ves que estoy sufriendo? Por favor, hoy no me digas que sin mí te estás muriendo, que tus lágrimas son falsas*». En cuanto escuchamos la intro de la canción empezamos a saltar. A la par, uno de los mejores amigos del primo de María Luisa repartía *glowsticks* entre los asistentes. Rápidamente terminamos atrapadas junto a otros invitados en el juego del pogo que consistía en brincos y empujones de ida y vuelta. Giuliana se unió a nosotras casi al instante. Se colgó del hombro de María Luisa y empezó a dar de tumbos. Me molestaba su

tranquilidad, su pelo perfecto, pero sobre todo no podía olvidarme de la escena de la cocina. Giuliana debía perder, aunque sea una vez. Antes de que terminara la canción salté y la empujé con todas mis fuerzas. Pero Giuliana no cayó, mucho menos se dio cuenta de mis intenciones. Sintió el golpe y fue sujetada por el grupo como una estrella de rock. Cuando terminó la canción y caminamos hacia la mesa, vi que Mariano recogía su casaca para abandonar la fiesta. Un par de sillas más allá, Juan Diego esperaba a Giuliana bebiendo un vaso de cerveza. Mi amiga corrió hacia él y se besaron sin que nada les importara. Durante los veinte minutos que Mariano permaneció en el cumpleaños, se la pasó viendo su celular. Antes de irse, se despidió de mí a la distancia, levantó una mano y alzó las cejas sin ninguna expectativa o interés, como quien se despide en plena calle de un compañero de trabajo. El resto de la noche me la pasé entre bailes ocasionales y conversando con María Luisa y Paloma acerca de Daniela y Patricio.

Nuestra amiga volvió a la mesa cuando el dj lanzó las señales de que la fiesta terminaría pronto. La música pachanguera dio paso a música de inicio de los noventa. A Daniela se le notaba feliz, daba brincos con los aires de independencia de una mujer de comercial de champú. Pocas veces la había visto así. Daniela se comunicaba con el cuerpo. Aplaudía y tiraba la cabeza hacia atrás al reírse. Cruzaba excesivamente los brazos si algo le molestaba, encorvaba el cuerpo si iba triste. Era transparente, fácil de leer, como un estanque en calma. Quizá por eso era un imán para las personas que necesitaban consuelo. Giuliana se acercó a donde estábamos e inició el interrogatorio.

—¿Te pidió el Messenger? ¿Tu teléfono? Te dije que mi táctica funcionaría.

Daniela nos contó el momento del beso. Luego nos habló de Patricio. Era amigo del primo de María Luisa porque iban juntos a la Pre de la Católica, quería estudiar Economía y si no ingresaba se matricularía en Administración. Patricio le pidió su Messenger y su teléfono. Le prometió que la llamaría ese fin de semana. Decidí no hablarle mucho del tema porque esa noche me quedaría a dormir en

su casa y allí me enteraría de cada detalle mientras conversábamos con los ojos pegados en los *stickers* de estrellas y planetas fosforescentes que adornaban la oscuridad. En la fiesta, solamente le pregunté si Patricio sabía que se mudaría pronto a Valencia. Daniela cruzó los brazos.

—¿Para qué le contaría eso ahorita? Por las huevas —soltó Giuliana.

Unos segundos después, Juan Diego la cogió del brazo.

—Giuli. Ya me voy. Me mandas un mensaje cuando lleguen donde Dani.

Durante muchos años, la habitación que Daniela y Valeria compartían tuvo la personalidad de su hermana. Valeria escuchaba rock alternativo, dibujaba con carboncillo y modelaba cerámica en frío. Su arte consistía en crear muñecos caricatura de los artistas que le gustaban. Luego los colocaba en la parte alta de la cómoda uno tras otro, igual a una anciana que colecciona figuras religiosas en un santuario improvisado. Cuando Valeria se mudó a España, Daniela guardó los muñecos en un cajón y mantuvo como decoración algunos pósteres de rock que combinó con sus propios gustos. Britney Spears, Blur, Westlife, Oasis convivían en su pared como vecinos que no tienen nada en común salvo la proximidad. Supongo que se trató de una forma de apropiarse del espacio sin traicionar a su hermana.

A raíz de su partida, la cama de Valeria se convirtió en una cama de huéspedes permanente. Yo solía ser la principal ocupante. Esa noche, después de la fiesta, la madre de Daniela nos ayudó a unir las camas de plaza y media para que también cupiera Giuliana. Ni bien cerramos la puerta, retomamos el interrogatorio. Le preguntamos qué le había parecido el beso. Aquello era más importante que su situación con Patricio. Con aquel beso, Daniela ya nos acompañaba del otro lado de la línea de la adolescencia.

—Dile a Patricio para que vaya al cumple de Juan Diego la próxima semana —sugirió Giuliana.

Después, puso la voz seria y preguntó cómo iba el problema con su papá.

—¿Qué pasó? —intervine sin entender.

Daniela empezó a hablar mientras se acomodaba el pantalón de su pijama polar. Era celeste y tenía diseños de gatos diminutos a lo largo de las piernas. Me contó que había escuchado a sus papás pelear por teléfono. La discusión empezó con una queja de su padre acerca del comportamiento de su hermana en España y terminó con su madre desenterrando el asunto de la mujer del mensaje de texto. Daniela escuchaba la conversación desde el teléfono inalámbrico de la sala, casi sin respirar, cubriendo el micro del aparato con la palma de la mano. «Las cosas no pasaron como tú crees», gritó su padre. «No te olvides de que no se trata solo del engaño sino de que fue sistemático, Jorge», respondió su madre. ¿De qué hablaban? Mi amiga quiso destapar el teléfono y levantar la voz. Decirles que solamente les quedaba decir la verdad. Pero su padre tiró el teléfono en cuestión de segundos.

—Hace una semana no llama a la casa —sentenció Daniela.

Giuliana apoyó la espalda contra la cabecera de la cama, se abrazó las piernas y habló. Aunque vestía un pijama de Minnie Mouse, el contorno de sus ojos seguía contaminado de rímel barato para adolescentes. Lo comprábamos por catálogo a una compañera de clase además de escarcha para el pelo y tatuajes temporales que irritaban la piel.

—Ya te he dicho, Dani. La única manera de que sepas qué pasó es que preguntes sin roche. Nuestros viejos piensan que no nos damos cuenta de nada. Igual que nosotros pensamos lo mismo de ellos.

Me molestaba la naturalidad con que Giuliana entendía y afrontaba las cosas, sin miedo a las consecuencias, como si nada pudiera quebrarla.

—Puede ser. ¿Pero para qué necesitas saberlo, Dani? Yo creo que, como dice Valeria, es mejor dejar de darle vueltas al tema —dije firme.

Daniela me miró dudosa.

—Mejor les sigo contando de Patricio.

Se paró de la cama para coger unos cuantos CD de la torre giratoria que se ubicaba en la esquina de la habitación y los colocó al lado del equipo de música portátil, un Aiwa en forma de ovni con casetera y

lector de CD. Escuchamos el álbum *Sing when you are winning* de Robbie Williams mientras Daniela nos narraba con los ojos brillosos cómo Patricio le había pedido volver a verse. Oímos el disco entero, desde *Kids* hasta *Better Man*. Quizá entendíamos sin saberlo que la música y los libros funcionaban igual. Cada canción era como un capítulo de algo mayor, un orden intencional en búsqueda de un efecto concreto. Un viaje musical que hoy ya no existe.

12.

Paloma duerme profundamente. Pareciera que respirara desde el abdomen, como lo hacen los bebés. Fue Gustavo, el esposo de mi madre, quien me explicó en qué consistía ese tipo de respiración. Me lo dijo en la clínica, días después de que lo operaran a corazón abierto, mientras paseábamos frente a la sala de recién nacidos. «Mira cómo respiran. Lo hacen con todo el cuerpo, sus pulmones se abren por completo. Es la forma que tienen de conocer el mundo. De inspirarlo. Es lo que yo haré apenas me den el alta».

A partir de allí, Gustavo se refería al tiempo posterior a la operación como «el despertar». Si le preguntaban por el momento más feliz de su vida, respondía sin necesidad de pensarlo. Él, acostado en la unidad de cuidados intensivos; la urgencia por arrancarse un tubo incrustado en la garganta; el recuerdo de la advertencia del médico: «Si despiertas será incómodo, pero significará que todo habrá salido bien».

A diferencia de Gustavo, para mí el momento más feliz se encuentra siempre en el futuro, es una promesa que a mis treinta y tres años no se concreta.

—¿Daniela no debería estar acá? —pregunta María Luisa mientras da vueltas por la habitación.

—Me fui a poner pijama. ¿Saben que solamente tenemos suficiente agua para pasar el wáter? Ni se les ocurra cagar —responde Daniela desde el umbral.

—Mañana, apenas nos despertemos, llamamos a un gasfitero —digo, mientras trepo a mi camarote. La madera de los peldaños cruje como si estuviera a punto de romperse.

María Luisa abre el cajón de la cómoda donde se encuentran los videos del abuelo de Paloma. Relee los títulos para reducir la frustración del momento.

—Miren. Acá hay otros casetes —dice, y saca un par de videos que contienen grabaciones familiares.

Ambos llevan descripciones escritas con letra microscópica en el lomo. Inauguración de la casa de El Refugio, un viaje a Ica, el matrimonio de Juli, escenas del verano de 1995, Semana Santa. Fragmentos inconexos que se montan en una misma línea temporal. Recuerdos del tiempo previo a que llegara la manía de registrar compulsivamente la vida en un celular.

Pienso en los casetes del abuelo de Paloma y, por algún motivo, me viene a la memoria el álbum de fotos de mi padre de cuando éramos chicos. Una colección que dejó de crecer cuando se divorció de mi madre y que ha llevado a mi departamento. Hace unos días la revisamos juntos. Creo que una de las imágenes corresponde a uno de mis recuerdos más antiguos. Soy muy pequeña y veo a mi padre acostado en la cama de cabecera blanca que compartía con mi madre. Nuestro perro Bobby descansa a sus pies. Ni bien me ve, papá se levanta. Me dice que ha sucedido algo que no podré creer. Bobby ha salvado a un niño de ser atropellado en plena avenida Benavides. Habla moviendo los brazos, engolando la voz. El perro ha empujado con el hocico a un niño vendedor de dulces hasta ponerlo a salvo en la vereda. Me acuesto junto a papá y vemos un programa de cocina conducido por un hombre que finge ser francés. Mi hermano llega al poco rato. Mi padre le cuenta la historia de Bobby y nos pide que lo abracemos. Él es quien saca la foto. Después aparece mi madre con una mueca de incredulidad frente a la historia de mi padre. Aquella mañana, mi padre tiene treinta y tres años, dos hijos, una esposa y una constructora. Es esa mejor versión de sí mismo a la que solamente regresa mediante historias. Se emociona al recordar, como si al hacerlo también regresara la posibilidad de un futuro nuevo. Si algo creo saber gracias a las cámaras trampa del departamento es que el momento más feliz de mi padre no reside en el presente ni en un futuro cercano. ¿Será un momento puntual como el de Gustavo? ¿Será con nosotros y con mi madre? ¿Con Marita? ¿Antes de la muerte de su madre cuando era chico?

María Luisa continúa leyendo las descripciones de los casetes. Navidad 1995, bodas de oro, cumpleaños de Paloma 1999.

—¿1999? ¿Ese no fue el cumpleaños en el que Giuliana se cayó

patinando? —les pregunto.

En la cama de abajo, Paloma ha abandonado el estado de sueño profundo. Puedo escuchar su respiración entrecortarse y, al mismo tiempo, la siento dar vueltas en el colchón.

—Quiero vomitar —dice de pronto y se levanta como un vampiro que despierta de un ataúd. Su plan es llegar a la puerta, pero se tambalea con solo dar el primer paso.

—Yo te acompaño —le dice María Luisa.

—¡No jodas, huevona! Y ustedes, ¿qué hacen acá? —grita Paloma apenas cae en la cuenta de dónde está.

Daniela observa la escena sin comprender.

—¡¿Qué mierda me miras?! —vuelve a gritar.

—Así es cuando chupa de más. Esos son sus diablos azules —le digo a Daniela mientras desciendo de las alturas de mi camarote.

María Luisa se acerca a nuestra amiga y la coge del brazo.

Paloma murmura frases imposibles de comprender, suena igual a que si conjurase en arameo. De pronto, se cubre la boca con una mano.

—¡Rápido, una bolsa! ¡Va a vomitar! —grita María Luisa.

Sus palabras detonan la acción. El cuerpo de Paloma se encorva, devuelve litros de chilcano sobre el piso de la habitación. Al terminar, la lucidez regresa a sus ojos.

—Perdón, chicas. Perdón —murmura.

Daniela y yo abandonamos la habitación en búsqueda de un trapeador. Al regresar, encontramos a Paloma y María Luisa sentadas al filo de la cama. Daniela le ofrece un vaso de agua y luego la coge de la mano. Paloma bebe y llora desesperada como si todo esto se tratara de una purga mayor. Yo, con el trapeador en las manos, limpio su desastre sin enfrentarlo, restriego el piso sin dejar de contemplar a mis amigas. Ahora las tres se cogen de las manos. Fue Giuliana quien nos enseñó ese ritual. Se lo copió a su entrenador de atletismo. Cerrar los ojos, presionar las manos hasta que el mal momento pase. Dejar que el problema se diluya entre los demás.

—Hemos encontrado unos casetes con un montón de recuerdos de tu familia. Aparece uno de tus cumpleaños —le dice María Luisa para

tranquilizarla.

—El cumpleaños en que Giuliana se sacó la mierda —agrego, y abandono la habitación.

—No es ese —responde María Luisa.

Atravieso la sala y el comedor. Las láminas de pintura blanca siguen desperdigadas por todo el espacio como restos en un territorio de guerra. Lo importante es que no ha empeorado, me digo a mí misma. Devuelvo el trapeador a la lavandería y regreso con mis amigas. Encuentro a Daniela arrodillada detrás de la mesita que sostiene un televisor de cola larga. Voy en su auxilio antes de que genere algún tipo de cortocircuito. Conectamos el televisor al reproductor de VHS que descansa polvoriento en el compartimiento inferior de la mesa junto a una rebobinadora de casetes.

Presiono el botón de *play*. En la pantalla son las 00:10 del día 25 de diciembre. Es el año 1995 y la voz del abuelo de Paloma nos guía por los pasillos de una reunión navideña. Presenta a sus hermanas ante cámara: dos mujeres de laca en el cabello y blusas voluminosas. Al fondo de la toma, Paloma y sus primos juegan a iluminar el cielo con chispitas Mariposa. La cinta nos teletransporta al siguiente momento. Se trata de la boda de la prima mayor de Paloma. Mi amiga lleva puesta una vincha blanca que le sujeta el pelo alborotado y lanza flores camino al altar justo delante de la novia. *Forward* al 10 de septiembre del año 1994. Nuestra primera comunión vista desde los ojos del abuelo de Paloma. A su familia le ha tocado sentarse en la segunda fila de la parroquia y la cámara hace un paneo general. Un par de bancas por detrás, veo a mi familia. Mi padre se mira las manos, mi madre le recrimina algo al oído. Si mis recuerdos conversan con las imágenes, papá ha llegado tarde a la ceremonia. Yo estoy en medio de ambos, el cerquillo largo me tapa los ojos y las ganas de mirar. El paneo alcanza también a Daniela, a su madre y a su hermana, que escuchan con atención la ceremonia. Las imágenes de la primera comunión se cortan de golpe para dar paso a una fiesta de parejas en sus sesenta que bailan el paso del mono de Wilfrido Vargas. Después aterrizamos en el cumpleaños de Paloma. La grabación dura apenas tres minutos en los que se puede ver a Paloma soplando unas

velas rojas que anuncian sus catorce años.

—¿Ven?, es el cumpleaños en que Giuliana se sacó la mierda —les digo.

Lo confirmo porque detrás de Paloma veo a María Luisa que lleva el casco de patinaje bajo el brazo. A su lado está Giuliana con un vendaje que le cubre la muñeca, la cara arañada a la altura del mentón. Daniela asiente.

—Sí, es el cumpleaños de los patines, aquí, en El Refugio —dice.

Nos puedo ver ese día de 1999 tirando las maletas al piso de la habitación de huéspedes apenas bajamos del auto. Recuerdo a Daniela calzándose con dificultad los patines que heredó de su hermana. A María Luisa protegida con tobilleras, coderas y muñequeras. A Paloma sonriente, vaticinando que tener catorce es muy distinto de tener trece. Veo a Giuliana sentada al filo de la cama Comodoy, mira con atención la escena mientras abre su mochila y saca un par de patines Roces que son un regalo de su tía que vive en Houston. Las botas de color plomo con detalles fucsia, los frenos completamente amarillos.

—Parecen los patines de un profesional.

Esa tarde salimos de la casa y patinamos hasta la parte más alta de la urbanización. Una explanada rodeada de rocas desde donde se podía ver con facilidad la carretera central y, un poco más allá, el distrito de Ñaña. María Luisa y yo opinamos que el camino de regreso a la casa es muy pronunciado, que es mejor dar vueltas en la explanada y descender a pie. Giuliana nos mira sin entender. «Si ves que vas muy rápido, frenas. ¿Cómo vamos a bajar con los patines en las manos? Qué roche», dice antes de lanzarse por la pendiente como una esquiadora profesional. Se deja llevar, pero, en cuestión de segundos, tropieza con una grieta y cae al suelo. Rebota contra el cemento y rueda metros más abajo. Nos quitamos los patines y vamos en su auxilio. Giuliana tiene el brazo ensangrentado, el mentón y la mejilla arañados; los ojos llenos de lágrimas contenidas. Cuando creemos que está a punto de explotar, se sienta erguida en el cemento y se quita los patines. Luego se pone de pie. «Tarán…», dice y levanta los brazos como una artista de circo. «Estoy bien, chicas. No pasa nada». Caminamos con dirección a la casa, llevando los patines en las

manos. Detrás de nosotras el silencio de Chaclacayo es interrumpido por un grito a todo pulmón. «¡Lornas!». Es la voz de un adolescente que no logramos identificar. Buscamos con la mirada a nuestro alrededor, entre las construcciones y los árboles. «¡Lornas, aprendan a patinar!», se escucha una vez más. Entonces, Paloma nos dice que está segura de que es el vecino. Un chico que usa pantalones a la cintura y tiene la dentadura torcida. Giuliana suelta sus patines en el piso y grita en todas direcciones, dando vueltas sobre su propio eje. «Ven, pues. Si eres tan valiente… ven, pues, feo de mierda. Ya sabemos quién eres». «¡No seas conchuda! ¡Mira a las feas de tus amigas!», dice la voz. Un par de carcajadas delatan que el muchacho no está solo. Finalmente, lo ubicamos escoltado por tres chicos en bicicleta detrás de un viejo contenedor de basura repleto de maleza. Daniela, María Luisa, Paloma y yo nos miramos con pánico. ¿A quiénes se refiere? A los catorce la autoestima depende sobre todo del ojo ajeno. Giuliana camina hacia el contenedor a pesar de tener las piernas ensangrentadas; una gacela herida que avanza a paso firme. «Sal de acá, oye. Mírate al espejo, ñoño. ¿Quieres decirnos algo ahora?». El muchacho se queda en silencio, baja la mirada sin saber qué hacer, mientras sus amigos permanecen estáticos. «Vámonos», dice Giuliana y nos retiramos victoriosas. Dejamos atrás el problema y los comentarios del gordo. Esa tarde nos sentimos invencibles y más unidas que nunca, sin saber que éramos pájaros volando juntos por última vez antes de que llegase el invierno.

Las siguientes escenas del casete no tienen nada que ver con nosotras, así que apago el reproductor. A pocos metros de mí, Paloma intenta volver al sueño hecha un ovillo, las manos escondidas debajo de su cuerpo. Daniela y yo subimos a nuestros camarotes sin decir nada. María Luisa deja una bolsa de plástico de emergencia al lado de la cama de Paloma y se acerca al interruptor de luz.

—Todo es distinto, pero al mismo tiempo igual —dice, dejándonos a oscuras.

Desde mi lugar, puedo tocar el techo con solo estirar la mano. Desde el suyo, Daniela insiste en escribirle un correo electrónico a Giuliana. María Luisa suspira. Por algún motivo, las confesiones pesan

menos si se sueltan en la oscuridad. Las palabras flotan sin destinatario, en todas direcciones, como un astronauta a la deriva.

—Chicas, no saben esto, pero el año pasado Giuliana me contactó por Facebook. Quería que la ayude a rotar su currículo en PG. Le respondí que sí. «De hecho, no te preocupes, yo lo muevo, Giuli». La verdad, solamente lo mandé a recursos humanos sin pensar que la fueran a llamar. Ustedes saben lo jodidos que son en mi chamba para contratar gente. No cualquiera entra. Literal, solamente un cinco por ciento de postulantes. *High potencials* y no quería responsabilizarme con una mala recomendación porque cualquier cosa y terminaba cagándome yo solita. A la semana siguiente, Giuliana me volvió a escribir para decirme que la habían citado a la Torre. Le puse un *like* y la felicité. El día de su entrevista me la encontré en la cafetería de la empresa. Hablamos un toque sobre Andreíta y luego acerca de las personas que la entrevistarían. No quise averiguar mucho de la entrevista para no ponerme en compromiso. Una debe saber en qué tiros usar sus balas, ¿no? Y ayudar a Giuliana estaba bien, pero no era una prioridad. Al día siguiente de la entrevista me escribió para saber si yo sabía algo de cómo le había ido. Pensé que quería *feedback* o que intentara recomendarla. Por eso no le respondí y archivé su conversación. Días después vi que tenía más de diez mensajes suyos sin leer. Me había escrito durante toda la semana. Literal, casi acosándome. Ponía: si te han dicho algo de lo que pasó, por favor, no digas nada. Justo cuando iba a subir al piso de recursos humanos a averiguar a qué se refería, me llamó al anexo de la oficina. ¿Quién hace eso en esta época? Un poco invasivo, ¿no? Me pidió reunirnos. Pensé «mejor salgo de esto de una vez, le doy *feedback* que también es una forma de ayudar y le digo que le aviso si se abre un nuevo proceso». «¿Puede ser hoy, por favor?», me preguntó. La desesperación en su voz me puso nerviosa. ¿Qué cosa podía haber pasado? Nos encontramos en el Starbucks de Las Begonias. Si la hubieran visto en esa mesa… estaba totalmente ida. Como el día del velorio de la miss Zaida. Lo primero que me dijo es que la había cagado en la entrevista. Le expliqué que Procter era la empresa con el proceso de selección más riguroso de mundo. «No te han contado entonces», soltó aliviada.

«No me han contado», le respondí, «si quieres puedes contarme». «No te preocupes, se me juntaron varias cosas ese día». Se notaba que no quería hablar de eso. Se metió la mano al bolsillo, sacó su celular y me mostró una foto de Andreíta para cambiar el curso de la conversación. Parecía que estaba en la biblioteca de su colegio. A pesar de que ya la conocía por las imágenes que subía a Facebook, en esa foto en particular estaba igualita a Giuliana. Los mismos ojos alargados, el pelo lacio y fino, la pequeña hendidura en la barbilla. «Es linda», le dije. Giuliana sonrió. Le di algunos tips que me habían servido en procesos de selección de otras empresas. «Ojalá salga algo pronto», me dijo. «Todo el sueldo se me va en pagar el colegio, no es fácil hacerse cargo de alguien, seguro ya lo vivirás». No quise hacerle más conversación, aunque estoy segura de que si insistía me contaba la verdad de lo que había pasado en la entrevista. Seguro eso era lo que necesitaba.

—¿Qué fue? —la interrumpo.

A pesar de la oscuridad ya nada me impide ver a María Luisa como una sombra que se cubre la cara con las palmas de las manos. Al final, saber ubicarse en la oscuridad es cuestión de costumbre.

—Cuando regresé a la oficina, busqué a mi *business partner* —dice María Luisa.

—¿Qué es eso?

—La persona de recursos humanos que se encarga de coordinar los temas de mi área. Se llama Heidi. Le pregunté por la entrevista a Giuliana. No para ayudarla a conseguir el trabajo sino para saber cómo había ido la cosa. Me dijo que en el examen técnico había salido bien, pero que en una de las pruebas psicológicas, literal, se fue a la mierda. Le pidieron que dibuje a su familia o una de esas huevadas y de la nada empezó a llorar. Sé que suena fatal, pero me alivió pensar que felizmente no hice nada más que rotar su currículo dentro de la empresa. Roberto, un psicólogo del área de selección de personal, la llevó a la sala de al lado cuando empezó a llorar y se ofreció a escucharla. Después de hablar con Heidi fui a buscarlo. Le dije que conocía a Giuliana de años. Primero dudó en contarme qué le había dicho, pero lo miré con cara de culo para asustarlo un poco porque

soy amiga de su jefa. Me dijo que le hizo preguntas generales y que Giuliana lloraba sin parar y, entre una cosa y otra, terminaron hablando de Juan Diego.

—Joder. Para llegar a eso es porque en serio no tienes con quién hablar —suelta Daniela.

—¡Pero cuenta qué le dijo! —reclamo, mientras me embarga una culpa infantil y mi mente viaja a otros tiempos.

Me veo en la noche del cumpleaños de Juan Diego, mi odisea 2001, año futurista y prehistórico, jeans acampanados y una casaca Adidas roja de rayas blancas que apesta a cigarro ajeno. Solamente quiero volver a casa. Daniela, Paloma, María Luisa y yo caminamos hacia Caminos del Inca. Estamos aturdidas y molestas por lo que acaba de pasarle a Daniela, pero yo he visto algo más. Me siento humillada. Así que mi rabia y pena se convierten en un nudo de frustración que me lleva a una única conclusión: Giuliana no debe ser más nuestra amiga.

13.

Juan Diego eligió La Barra para celebrar su cumpleaños. Cuando llegamos, lo encontramos junto a Christian y los mellizos arrinconados en una de las mesas más pequeñas del local de *reggae*.

—Acá no vamos a entrar todos, creo que mejor vamos al parque a chupar, nomás —renegó mientras escaneaba con la vista las mesas a su alrededor.

Además del grupo de siempre, Juan Diego había invitado a chicos de su colegio y amigas de la playa que no conocíamos. Me cogí de los brazos de Daniela y María Luisa y cruzamos la avenida Caminos del Inca siguiendo a la masa liderada por Giuliana y Juan Diego. Avanzamos en sentido contrario al centro comercial y nos instalamos en un parque cercado por arbustos que se ubicaba a espaldas del grifo que nos proveería de alcohol y de un baño. Conocíamos bien el trámite. Acercarse a la tienda, poner seria la voz, pedir ron barato y Coca-Cola sin dejar de mirar a los ojos a la cajera. Si el plan no funcionaba, nos tocaba reunir cincuenta soles entre todos. Esa noche no recurrimos al soborno. Juan Diego y los mellizos regresaron de la tienda con una botella de Cabo Blanco y una gaseosa de tres litros camufladas entre bolsas tamaño familiar de papas fritas. Formamos un círculo y nos sentamos sobre el césped brillante y húmedo utilizando nuestras casacas como cojines. A lo lejos podía verse el camión cisterna municipal que acababa de rociar de aguas servidas el parque y todo lo que estuviese a su paso, incluido un hombre en bicicleta que se sacudía desesperadamente. Giuliana revisó la bolsa con el botín y sacó una torre de vasos descartables que luego repartió entre todos.

—Cuídenlos, que no hay más —dijo seria.

A mi lado, Daniela no despegaba los ojos de la esquina de la calle que desembocaba en Caminos del Inca. Patricio aparecería en cualquier momento, con su frente amplia y *brackets* de bandas transparentes, por el costado de una tienda de nombre árabe que vendía alfombras y una agencia bancaria completamente apagada.

—¿A qué hora llega? —le pregunté.

—Le mandé un mensaje del celular de Giuli, le expliqué que estaríamos en este parque. ¿Si se ha confundido?

A medida que pasaba el tiempo y Patricio no aparecía, Daniela se ponía más nerviosa. Ya no por el hecho de verlo sino por la posibilidad de que ocurriera lo contrario.

—Creo que me ha dejado plantada —susurró mirando el reloj. Estiró el brazo y le pidió a uno de los mellizos que rellenara su vaso de cubalibre.

En la adolescencia, la vida cambia radicalmente sin música. En medio de la noche y acompañados solo por el ruido de los autos, las conversaciones de los amigos de Juan Diego parecían más estúpidas. Hablaban de los episodios más repugnantes de la serie *Jackass* y especulaban acerca de quién sería capaz de hacer tal o cual cosa. Concluyeron que Christian comería su propio vómito sin mayor esfuerzo, mientras que Juan Diego sería capaz de recibir una descarga eléctrica en las nalgas. Ninguno se atrevería a comer el *omelette* de wasabi que había desmayado a todo el reparto de *Jackass*.

—Fácil, Mariano. Ese huevón no le tiene miedo al sufrimiento. ¿Se acuerdan de cuando se comió un rocoto entero? Ese huevón, les apuesto, hace hasta el reto de dejarse morder por sanguijuelas —soltó uno de los mellizos sin pensar.

—Ya. Mejor no hablar de él —respondió Juan Diego antes de secarse un nuevo vaso de cubalibre.

—Puta, sí. Suficiente con lo que ha pasado… Sauuuu… —dijo uno de los desconocidos del grupo.

Juan Diego se sorbió la nariz y se hizo el loco. Yo miré a Giuliana sin comprender.

—¿Qué ha pasado con Mariano?

—Lo están jodiendo de cabro.

—¿Cómo cabro?

—De cabro, pues. Yo la verdad no creo que lo sea. Al principio, Juan Diego no quería decirme, pero lo obligué, ayer me contó. Fueron a hacer un trabajo a la jato de Mariano y cuando salió un ratito al baño le encontraron un montón de páginas raras en su compu. Tú

sabes cómo es Juan Diego, así que cuando regresó le preguntó a Mariano. Él le dijo que su computadora estaba con virus o algo así. Desde ahí están peleados —respondió Giuliana con soltura.

El auto de Serenazgo apareció antes de que yo pudiera preguntar o cuestionarme cualquier cosa acerca de Mariano y nuestra relación.

—Jóvenes, está prohibido beber en la vía pública —dijo una voz apática desde el megáfono integrado a la patrulla.

El auto se estacionó en el parque y dos serenos se bajaron. Vestían casacas abultadas con el logo fosforescente de la Municipalidad de Surco bordado en la espalda. Se acercaron a paso lento, entre bostezos, movidos únicamente por la obligación de su trabajo.

—Jóvenes, no se puede beber en la vía pública. Peor si son menores de edad.

—No somos menores de edad —refutó Christian.

—Por favor, jóvenes. Váyanse a otro lugar. A su casa, a un local. A donde quieran, pero acá no pueden estar. Los vecinos se quejan. Nos van a generar problemas.

—Ya, pues, *mister*. Es mi cumpleaños —intervino Juan Diego.

—Es cumpleaños de mi hija también y acá estoy. Así que, por favor. Váyanse por las buenas, si no, tendremos que llamar a la comisaria —respondió el sereno.

—Pero… —soltó uno de los mellizos.

El hombre sacó un *walkie talkie* del bolsillo de su pantalón y lo acercó a su rostro.

—Teniente. Adolescentes libando en el parque Montemar —dijo, presionando el botón del aparato.

Ni bien escuchamos que la amenaza iba en serio, levantamos nuestras cosas del pasto y abandonamos el parque. Nos dirigimos hacia La Barra con la esperanza de encontrar una mesa disponible, desfilando junto a la tienda de alfombras persas y frente a un local de Blockbuster. A pesar de que no llovía, era una noche húmeda y cada cierto tiempo los zapatos de plataforma de mis amigas les hacían resbalar. María Luisa y Paloma caminaban apoyándose en Daniela y en mí como si fuéramos sus lazarillos.

Cuando estábamos a punto de llegar a nuestro destino, Paloma

propuso un cambio de planes.

—¿Y si vamos al McDonald's, nomás? Me da un poco de flojera y se me ha subido el trago. No quiero que se den cuenta mis papás.

María Luisa y yo estuvimos de acuerdo. Queríamos pedir un combo de hamburguesa doble con queso, ubicarnos en las mesas del segundo piso y saltar a la piscina de pelotas para niños. La llamábamos la piscina de las confesiones. Allí nos enteramos de la enfermedad de la abuela de Paloma y del aborto de la prima de María Luisa. Esa noche, sentía que necesitaba esconderme entre las bolas de plástico, aplastarlas con mi cuerpo hasta comprimirlas a su mínima expresión y hablarles de Mariano. Relatarles cómo habíamos descubierto a Giuliana y Juan Diego en la cocina. Sobre todo, intentar explicarles la cara de terror y decepción de Mariano al verlos.

—Entremos solo un rato a La Barra. Ya le avisé a Patricio que estaremos acá, si no llega en media hora, nos quitamos —suplicó Daniela con los ojos.

Nos pareció justo, nunca la habíamos visto así de ansiosa.

Desde que La Barra se había convertido en el lugar del momento, dos pseudo agentes de seguridad resguardaban el ingreso al pasaje. Hombres que se encontraban más cerca de ser gordos que atléticos y se hacían pasar por musculosos, cruzando los brazos sobre el pecho. Juan Diego se abrió paso entre la veintena de adolescentes que esperaban su turno para ingresar y habló con ellos. No se escuchaba la conversación, pero en cuestión de minutos, uno de los hombres nos fue llamando uno a uno, igual a cuando se elige entre postulantes a un equipo de fútbol.

Una vez dentro, Giuliana y Juan Diego se pasearon sin éxito por todos los locales en búsqueda de una mesa disponible. Al final, nos ubicamos en un rincón del pasaje alrededor de un muro con plantas que se había convertido en un cementerio de vasos de plástico y cigarros. Uno de los mellizos entró al bar de *reggae* y regresó con un *shot* multicolor entre los dedos. El menjunje se llamaba veneno y lo vendían como un macerado secreto, aunque todos sabíamos que se preparaba a partir de los conchos del alcohol que quedaba en las botellas. Juan Diego bebió el trago de golpe y para quitarse el sabor

recurrió a otro vaso de ron con Coca-Cola. A los cinco minutos, con las justas podía mantenerse en pie sin sujetarse de Giuliana. Diez minutos más tarde, se tambaleaba sobre el muro abrazado de Christian mientras cantaban a gritos *Los piratas* de Los Auténticos Decadentes. «*Somos los piratas, nos gusta la aventura, las noches de bailanta*».

—Ya no creo que Patricio venga. Vámonos, nomás —dijo Daniela, decepcionada.

—Seguro pasó algo y se le complicó —respondí con la única convicción de que a los amigos a veces es mejor mentirles, protegerlos de ellos mismos y de los demás.

María Luisa me jaló del brazo.

—Ahí está Mariano —dijo, señalando el interior de uno de los locales más antiguos del pasaje. Se trataba de una cevichería de sillas recubiertas de paja y en cuyas paredes se exhibían fotografías de las playas del norte desteñidas por el sol. Máncora, Colán, Las Delicias.

Mariano vestía una camisa a cuadros en vez de sus típicas poleras. Aunque nunca lo noté incómodo con Juan Diego y sus amigos, parecía más relajado, en otro rol, como un policía en su día de franco. Sonreía mientras rellenaba su vaso de cerveza, sentado en la cabecera de una mesa llena de desconocidos. Frente a él pude reconocer a su primo Felipe, nariz respingada y pelo oscuro, el mismo de las fotos que me enviaba por Messenger. Con quien jugaba *Tony Hawk* y *Winning Eleven* todos los sábados por la mañana.

—¿Lo vas a saludar? —preguntó Paloma.

—Si viene para acá, obvio. Pero igual ya vamos, nomás.

—¿Cómo que ya se van? No sean telas… Mierda, ahí está Mariano —soltó Giuliana.

Mariano se había puesto de pie y caminaba hacia la salida del local. Tenía en la mano una cajetilla de cigarros y un encendedor. En cuanto nos vio, se hizo el loco y siguió de largo por el pasaje. Cuando giré la cabeza, Juan Diego, Christian, los mellizos y un tal Rodrigo cuchicheaban desde las alturas del muro.

—Mariano, huevón, ven —gritó Christian.

—Sí, huevón, ven —secundaron los mellizos.

La actitud de mi ex se transformó en cuanto escuchó el llamado de

sus amigos. Dio media vuelta y cambió de rumbo hacia nosotros. Sus ojos de anime, enormes y verdes, lucían serenos. Pero Juan Diego intervino para cambiar el rumbo de la noche y nuestra relación con Giuliana para siempre.

—Habla. Mari-Ano, Mari-Ano, Mari-Ano —gritó con los brazos en alto como si se tratase de una arenga en un partido de fútbol.

Mariano tenía la mirada inyectada de rabia, el puño tembloroso. Se acercó a Juan Diego y lo empujó contra el suelo.

—A ver, dime que soy cabro en mi cara. Tú sabes lo que te jode, huevón. Yo no soy ningún rosquete.

—Calma, huevón. Es joda —gritó Christian, cogiendo a Mariano de los hombros.

Juan Diego se levantó furioso, retrocedió unos pasos tomando impulso para lanzarle un puñetazo a Mariano, pero su codo terminó incrustado en la nariz de Daniela.

—Cuidado —se quejó María Luisa, demasiado tarde.

Nuestra amiga lloraba de dolor sin poder abrir los ojos, intentaba acomodarse el tabique con la mano ensangrentada. Giuliana corrió hacia Daniela.

—Vas a estar bien —le dijo, examinando el golpe y luego se acercó donde Juan Diego que seguía absorto en su problema con Mariano.

—¡Ya te cagaste! —gritaba una y otra vez.

Paloma tomó a Daniela del brazo.

—Vámonos de acá —nos dijo.

Ingresamos al baño del bar de *reggae* para hacer un recuento de daños. Daniela se detuvo frente al espejo y examinamos el golpe con cuidado. Bajo la luz amarilla del foco viejo que colgaba del techo, notamos que además de la nariz, el codazo le había cortado el labio. María Luisa miró su reloj.

—En un rato vienen a recogernos. Ya vámonos de una vez.

Cuando salimos del local, el primo de Mariano y uno de los hombres de seguridad ya habían detenido la pelea. Juan Diego gritaba al aire mientras Christian intentaba calmarlo, lo cogía del cuello y le pedía que se enfocara en su rostro, como si se tratase de un caballo o un toro a punto de desbocarse. Un par de metros detrás, cerca de las

escaleras empinadas que conducían a un sótano clausurado que en algún momento fue un bar, vi a Mariano y Giuliana. Conversaban muy cerca el uno del otro. La mirada de Mariano bailaba entre el piso y Giuliana. De un momento a otro, Mariano le cogió la mano. Giuliana no parecía sorprendida, tampoco molesta. No dije nada a mis amigas acerca de la escena. Quizá esa noche en La Barra se empezaba a configurar mi personalidad de adulta. La de una mujer que huiría de cualquier situación en la que pudiera sentirse ridiculizada. Abandonamos La Barra sin despedirnos de nadie.

—¿Allí no está Patricio… el chico de Dani? —me dijo Paloma en voz baja, señalando a un grupo de muchachos que bebía cervezas en lata en un rincón del bulevar.

Al verlo confirmé que era él y que al parecer le importaba poco encontrarse con Daniela. Patricio reía y conversaba sin ningún apuro.

—¿Qué voy a decir en mi casa? —preguntó Daniela mientras caminábamos hacia el centro comercial.

—Que no viste un escalón y te caíste de cara —le respondí.

—Qué mal floro.

—A veces lo único que les queda es creernos por su propia paz mental —dijo Paloma.

—Por lo menos Patricio no vino. Qué roche si me veía con la cara así.

Paloma y yo permanecimos en silencio.

Cuando llegamos al McDonald's, la boca de Daniela seguía tan hinchada que la cajera le ofreció una bolsa con hielo antes de anotar nuestro pedido. Era una joven con *piercing* en la nariz que bordeaba los veinte años. Cada fin de semana nos atendía una chica distinta con el mismo perfil. Aquel era un trabajo de alta rotación, al menos en el turno de noche en que se tenía que lidiar con adolescentes ebrios que se creían dueños de la ciudad. Ordenamos lo de siempre y bandejas en mano subimos al segundo nivel del local. A diferencia de otras veces, dos niñas de unos once o doce años nadaban y se zambullían en la piscina de pelotas. Dos mujeres que parecían ser sus madres compartían una porción de papas fritas muy cerca de ellas. Nos acomodamos en una mesa pegada a la media mampara de vidrio que

convertía al segundo piso en una especie de balcón interior. Desde allí se divisaba a las personas que ingresaban al restaurante y a las que atravesaban el frontis del centro comercial. Cada vez que intentaba comer algo, se me revolvía el estómago. Recordé la vez en que fui a casa de Giuliana y su Messenger reventaba con notificaciones de Mariano. Cuando le pregunté si pasaba algo me respondió escuetamente que había peleado con Juan Diego y necesitaba un consejo. Pensé en la forma como ambos se unían para molestar a Juan Diego. Lo llamaban Carlton, por el personaje de *El príncipe del rap,* cada vez que se vestía con un chaleco de hilo azul que le había regalado su padre. Bajo la lupa del resentimiento y los celos todo se convierte en motivo de sospecha. Cada recuerdo me dejaba en una peor posición.

—¿Alguien habló con Giuli antes de quitarnos de La Barra? —preguntó Daniela.

—¿Para qué? Ella no se preocupa por nadie. Por ninguna de nosotras —respondí molesta.

—La verdad, se maleó un poco con lo de hoy pero tampoco exageres. La culpa es de Juan Diego —soltó Paloma.

—Eso no es cierto. La acabo de ver con Mariano en La Barra, por poco y chapan. Además, es una persona que habla huevadas de los demás —dije en voz alta.

—¿A qué te refieres con que habla huevadas? —preguntó Daniela sin disimular sus nervios.

A veces, saber lo que dice otra persona acerca de uno es la forma más dolorosa de verse en el espejo. Paloma y María Luisa intervinieron.

—Queremos saber.

Me daba igual si mis palabras eran exageradas o falsas. Lo único que me importaba era que me creyeran y que se sembrara una duda acerca de las intenciones de Giuliana. A Daniela le hablé de su familia. Le dije que Giuliana se refirió a su padre como un don nadie y que le aseguró a Juan Diego que el viaje a Valencia jamás se cumpliría porque su padre conseguía solamente trabajos de inmigrante.

—Todo eso me lo contó Mariano —sentencié.

El cuerpo de Daniela se encorvó hacia adelante.

—¿Y a ella qué le importa? ¿Por qué dijo esas cosas? Además, ya me voy a fin de año.

Alcé los hombros.

—¿De mí decía algo? —preguntó María Luisa mientras despedazaba el individual de papel de la bandeja de comida.

—En algún momento le dijo que en primaria ustedes eran mejores amigas. Que se la pasaban en tu casa o en la suya. Pero que después te volviste una obsesiva con los estudios y que dejaron de tener cosas en común. Por eso a veces le das un poco de flojera, como cuando te pusiste a llorar porque no quedaste entre las cinco primeras del salón —respondí, soltando mis propias conjeturas disfrazadas de una declaración de Giuliana.

María Luisa desgarró un trozo largo de papel y formó una bola que presionó contra la palma de su mano como si se tratara de una pelota antiestrés.

—Me toca a mí, ja, ja —intervino Paloma.

—Nada. De ti simplemente nunca habla.

Después del puñal, Paloma soltó la papa frita que estaba a punto de llevarse a la boca.

—Se me fue el hambre. ¿Estás segura de lo que viste en La Barra? ¿Que iban a chapar? —preguntó.

—Es lo que me pareció, ya no quiero pensar en eso, tampoco hablar con Giuliana.

Omití que era Mariano quien buscaba su mano durante la conversación y que, mientras los vi, Giuliana esquivaba la mirada. Al menos cinco teorías más cabían donde había montado la mía. Poco importaba, a los quince y a los treinta y tres la verdad es la que uno elige creer. En mi caso, el instinto de autopreservación iba por delante.

Abandonamos el McDonald's a los pocos minutos, en el momento en que escuchamos las voces de Christian y uno de los mellizos ordenar Big Macs en la parte baja del local. Al dejar nuestra mesa, las niñas de la piscina de pelotas habían desaparecido, la mitad de bolas multicolor del juego se hallaba desperdigada por todo el segundo nivel

del local. Cogí las que aparecían en mi camino y las lancé con todas mis fuerzas dentro de la piscina. Necesitaba reestablecer algún tipo de orden, el que fuera.

*

El lunes siguiente, al volver al colegio, Giuliana se acercó a las gradas verdes como si se tratase de un día cualquiera. Llevaba en la mano su tomatodo azul lleno de agua y una bolsa de supermercado colgada en el antebrazo. Lo primero que hizo fue acercarse a Daniela.

—Se te ve mucho mejor. Te llamé ochenta veces el domingo para ver cómo seguías.

Después, introdujo la mano en la bolsa y le ofreció una caja de chocolates.

—Los manda Juan Diego. Se siente muy mal por lo del viernes.

Daniela alzó los hombros y colocó los chocolates en el piso sin mirarlos.

—¿Les pasa algo? —preguntó Giuliana mientras se peinaba y recogía el pelo para construirse un moño alto, perfecto, como el de una gimnasta.

Silencio.

Giuliana sonrió nerviosa y sacó de la bolsa un disco pirata para entregárselo a Paloma.

—Es el CD del que te hablé… ATV, Safri Duo, de todo un poco.

Si otras generaciones vieron nacer el grunge y el punk, a nosotras nos tocó conocer la evolución de la música electrónica en su estado más rudimentario, una melodía *cyborg* que dejaba en evidencia el cambio de los tiempos. Enseguida, nos pusimos a hablar de cosas sin importancia. La consigna tácita era no escuchar a Giuliana. Para María Luisa no se podía ser una verdadera fan de dos *boybands* al mismo tiempo.

—Un fan es leal. O es NSYNC o son Los Back.

Si Giuliana hablaba o quería disculparse, cambiábamos de tema.

—¿He hecho algo? Ya pedí perdón por lo del viernes.

Daniela me miraba con insistencia como preguntándome si sacaría

el tema de Mariano.

—Voy al baño —dije e hice una seña para que me siguiera.

Los baños más cercanos se encontraban al principio del pabellón de primaria. Acababan de remodelar el espacio, colocando inodoros en miniatura y un lavamanos que nos llegaba a las rodillas.

—¿No le vas a decir que la viste con Mariano? —me preguntó Daniela.

—¿Para qué? Yo, la verdad, prefiero olvidarme y no remover más el tema —respondí.

Las niñas pequeñas que entraban y salían del baño nos miraban como si fuéramos un par de intrusas.

—Con todo lo que ha dicho de tu viejo, me parece que no es una buena amiga. Ha dicho que es un fracasado y te apuesto que también le ha hablado de la tipa del mensaje —inventé.

Los ojos de Daniela se llenaron de rabia y decepción. Antes de que pudiera decirme algo, una monja de metro cincuenta, hábito blanco y español masticado, llegó para echarnos del baño. Se llamaba Eusebia y su rol era el de patrullar los patios durante los recreos. Usualmente iba acompañada de niñas de primaria que la veían como una intermediaria directa con dios. Escuchaban sus sermones y balbuceos y en ocasiones la ayudaban a regar los geranios y rosas que custodiaban la gruta de la virgen que adornaba el jardín central. El territorio de las monjas era el de la primaria donde nadie cuestionaba su autoridad y sus consejos eran recibidos como verdad.

—Eu, chicas. Bajen de los lavaderos y a resolver los problemas do secundaria a otro lado —refunfuñó sor Eusebia mientras señalaba la puerta de salida con el dedo tembloroso.

Salimos de allí y regresamos a las escaleras verdes donde Giuliana continuaba pidiendo explicaciones.

—No me digan que no pasa nada. Algo pasa.

Miré a Daniela de reojo y vi su rostro hervir de rabia.

—Ya sabemos las huevadas que le dices a Juan Diego de nosotras.

—¿Qué huevadas? ¿Quién ha dicho eso? —preguntó exaltada.

Daniela, María Luisa y Paloma contestaron viéndome fijamente.

—¿Qué ganabas contándole cosas de mi viejo y lo de la tipa? —le

increpó Daniela.

—Yo no he dicho nada de tu papá —le dijo Giuliana y luego me miró, gritándome—: ¡por qué mientes!

Avanzó hacia mí. Sentí que el corazón se me salía por las orejas. Que había llegado al callejón sin salida de la peor manera y que en cualquier momento me daría una cachetada o me lanzaría al piso de un empujón. Me quedé parada, sin la más mínima intención de responderle o decir la verdad.

—¿Qué te pasa? ¡No entiendo nada! —volvió a gritarme.

La tenía tan cerca que podía sentir su rabia como se siente el halo de fiebre alrededor de un niño.

Entonces, Daniela me jaló del antebrazo y me sacó de allí.

—Ya fue. Ya fue. Vámonos —dijo seria.

Bajamos las gradas verdes mientras un grupo de chicas de sexto o primero de secundaria miraban el fin de la discusión. No tenía idea de quiénes eran. En el colegio, la mayor parte del tiempo los niños de promociones menores son simple utilería ante los ojos de los mayores. Se mira hacia arriba, nunca hacia abajo.

—Espérennos —soltaron Paloma y María Luisa.

Pude ver por el rabillo del ojo que la caja de chocolates permanecía en el sitio de Daniela, derritiéndose sobre el cemento viejo y acechada por dos pájaros de pico y cola larga que emergían lentamente desde detrás de nuestro ficus. Los llamábamos velociraptores por la agilidad con que salían de su escondite para robar restos de comida durante el recreo y porque cada cierto tiempo enloquecían y atacaban sin razón a picotazos a alguna niña pequeña.

Daniela, Paloma, María Luisa y yo atravesamos el patio de primaria en medio de un partido de vóley improvisado. Era un día ventoso y la pelota de plástico cambiaba de trayectoria en el aire con facilidad. Una niña intentó conectar un mate y la bola fue a parar a mis pies. Se la entregué en las manos. Se trataba de una de esas pelotas baratas con olor a fruta. La niña era delgada y llevaba el pelo bien sujeto; apenas tomó el balón se dedicó a dar indicaciones a las demás. Eran desconocidas, pero también éramos nosotras. Al final, las dinámicas de la amistad trascienden a las personas. No somos tan especiales

después de todo. Giuliana nos sobrepasó apurada, sin voltear a vernos, la mueca entre ofendida y triste. Se alejó por el sendero rodeado por jardines que conducía a la pista de atletismo. Noté que se acercó a Natalia P y empezaron a conversar. En cuestión de días, ocupaba otro lugar.

14.

—Sí, al grano, ¿qué le dijo Giuliana al tío de recursos humanos? —suelta Daniela. Su voz tiene más eco en la oscuridad.

—Un toque —responde María Luisa, que se ha puesto de pie y camina hasta el interruptor ubicado junto a la puerta.

La luz llega y me cubro los ojos con el interior del brazo para no sentir su peso sobre mis pupilas. El brillo esclarece y ciega a la vez.

—Carajo. No dejan dormir —reclama Paloma.

María Luisa se acerca a la cómoda de películas pornográficas y trepa de un salto. Se acomoda en el mueble, sus talones golpean la madera vieja de los cajones. Toc, toc, toc, igual al temporizador de una bomba a punto de explosionar. Paloma se pone de pie tambaleante.

—Cómo joden, quiero dormir, voy a la sala. Pero antes de irme quiero escuchar a Malu. Habla, huevona —reniega.

Paloma lleva consigo una frazada azul y parece una cantante en decadencia. Tiene el rostro hinchado, el cabello tieso, sus mechones claros se han convertido en *dreadlocks*, producto de la mezcla de vómito y sudor.

Imagino a Giuliana el día de la confesión, sentada en el sillón de cuero de aquella sala de reuniones. La cabeza hacia abajo, las manos entrelazadas. Pienso en el espacio; cuadros fríos y libros de culturas ancestrales que nadie revisa apilados en una mesa de centro, el lugar genérico donde terminará por contarle sus problemas a un tipo que apenas conoce. La veo sorbiendo un vaso de agua mientras el hombre, vestido de terno de oficina, le pide que se calme. Giuliana se disculpa. Esto nunca me ha pasado, le dice. El hombre le responde que no se preocupe, que todo estará bien. Que a veces los nervios nos traicionan y que otras veces simplemente nuestros cuerpos y mentes estallan en el momento menos pensado como una olla a presión mal calibrada. El hombre mira la hora en su teléfono, le dice a Giuliana que él está dispuesto a escucharla, que tiene todo el tiempo del mundo. Sus

palabras abren una puerta. Según María Luisa su compañero no es un alma caritativa y seguramente lo hace para quedar bien con sus superiores o por tener alguna historia que contar durante el almuerzo. Además, pocas cosas refuerzan tanto el ego como ver a alguien quebrarse delante de nosotros. Giuliana toma más agua. Vuelve a pedir disculpas, le dice que pensó ilusamente que al conseguir ese puesto podrían arreglarse varios temas de su vida. Luego habla acerca de la tabacalera norteamericana donde trabaja. Le cuenta que es coordinadora de *marketing* y que cada vez es más difícil competir contra los cigarrillos electrónicos y vapeadores. Además, fumar se ha vuelto un hábito anacrónico y poco sexy, como el uso de bidé en los baños. Le habla también de un estudio de mercado que lo confirma. La gente joven ya no es un *target*, dice, es más probable que se conviertan en veganos que en fumadores de cigarro. Las ventas bajan, mi sueldo es el mismo y las necesidades de mi hija aumentan, sentencia Giuliana. El hombre le dice que tenga calma, que ya encontrará una mejor opción, que confíe en sus capacidades. Giuliana blanquea los ojos. Le responde que cree saber por qué se derrumbó en plena entrevista. Ahora que sin duda ha sido excluida del proceso, puede darle cuerpo a su historia al menos para intentar comprenderse mejor. El hombre la contempla expectante desde el sillón de enfrente. Los antebrazos apoyados sobre las piernas, las manos juntas, el celular guardado en el fondo del bolsillo del saco. Giuliana habla del vacío en el pecho. Le dice que no es una sensación ajena. Que aquello la acompaña desde niña como un dolor crónico que ha sabido sortear. Cuando era chica, la molestia desaparecía si se ajustaba las zapatillas y se echaba a correr. Huir físicamente para intentar alejarse lo más posible de aquello de lo que no se puede escapar. Giuliana le pregunta al hombre si la empresa tiene como política indagar acerca de la familia de los postulantes. El hombre niega con la cabeza. Gira el cuello exageradamente para enfatizar. No es política de la empresa. Revisamos las hojas de vida de los postulantes y en base a ello y a la entrevista, los perfilamos. Lo demás no se toma en cuenta, añade. Giuliana lo escucha incrédula. Para enterarse de lo de Juan Diego no hace falta cavar tan profundo. Está casi segura de que durante la

entrevista una mujer de cabello cano, collar de perlas y blusa azul, la ha reconocido, sabe quién es su exmarido. La mujer no dejaba de mirarla con desaprobación como quien intenta descifrar qué clase de insecto desagradable tiene enfrente. Giuliana se pregunta cómo se ha enterado, si fue por la nota en el periódico que no ocupó ni doscientas palabras gracias a la crisis política de turno; o porque en una ciudad de ocho millones de habitantes sus conexiones se limitan a tres mil personas. Giuliana rebusca en su cartera, quiere coger sus llaves y salir de allí. Le tiemblan las manos, su respiración se acelera y se pone de pie lista para irse. El hombre teme que Giuliana trepe a su auto y se estrelle contra algún poste de luz. Es peligroso conducir en este estado. Si quieres me voy de aquí y te doy tu espacio. Pero también puedo escucharte, aunque trabaje en una trasnacional sigo siendo psicólogo, suelta el compañero de María Luisa mientras le ofrece otro vaso de agua. Giuliana asiente con la cabeza, su cuerpo cae pesado sobre el sofá de cuero. Cuenta que desde hace un tiempo sus crisis de ansiedad han empeorado. Pensó que al separarse de Juan Diego el problema terminaría o, mejor dicho, regresaría a ser un tema menor, un zancudo molesto que se espanta con un par de almohadazos, pero sucedió lo contrario. La vida, por más que lo intentemos, nunca corre hacia atrás. Giuliana decidió retomar el deporte, hizo lo posible por pasar página, le dice al hombre. Salir a correr alrededor de los parques de Monterrico, dejar que su corazón alcance los ciento cuarenta latidos por minuto constantes cuando lo único que retumba en el cerebro es el sonido de las suelas contra el cemento; ese momento en el que algo más profundo y sobre lo que no tenemos control nos mueve, lo mismo que un escritor poseído sobre sus teclas. Lo intentó varias mañanas, pero su mente volvía incesantemente a Juan Diego. A los puntos claves del derrumbe, a las señas que no supo leer. Si no podía apagar los pensamientos, aceleraba el paso hasta que la falta de aire o el mareo la obligaban a detenerse. Una vez creyó que se moría, le cuenta al compañero de María Luisa. Ciento ochenta pulsaciones por minuto, la visión nublada. Estaba segura de que se desmayaría, así que se agarró del espejo lateral de un auto estacionado y se sentó de a pocos en la calzada mientras un par de heladeros la miraban con

extrañeza. Cuando se puso de pie, la angustia y Juan Diego seguían allí; Giuliana volvió a casa, sin centro de gravedad, sujetándose de las paredes como un ciego sin guía. El compañero de María Luisa la escucha atento. Si hubiera aceptado antes que algo raro sucedía quizá lo hubiera podido detener…, le dice Giuliana. Recuerda las llamadas que Juan Diego contestaba a solas en el baño, aunque no entendía las voces del otro lado de la línea, oía la de su marido que intentaba calmarlas. «No te preocupes, *broder*, dame unos días». «Señora, estamos un poco demorados, pero pierda cuidado». Aquellas quejas telefónicas se repitieron durante meses hasta que una tarde reventó la primera bomba mientras hacían la compra semanal. Giuliana no puede olvidarse del sujeto que atacó a Juan Diego, estatura mediana, barriga de pipa, la camisa parcialmente abotonada, una cruz de oro sobre el pecho, el rostro enrojecido por la ira. Se les acercó apenas entraron al supermercado, iban con el carrito de compras vacío y llevaban a Andreíta sentada en el compartimento para niños pequeños. El hombre no cargaba ni una canastilla de compras. ¿Los habría estado esperando? «Me cagaste», le gritó a Juan Diego y después lo empujó dos veces contra la góndola de metal frío que exhibía arroces y legumbres. «Ya hablé con mi abogado», musitó el tipo justo antes de que un par de agentes de seguridad lo retiraran de la tienda. «Vámonos, compramos en otro lado», le ordenó Giuliana y aunque caminó hacia el estacionamiento con visión de túnel, sin ver a los costados, mucho menos hacia atrás, las miradas de los demás le pesaban como si pudiera leerles el pensamiento. «¿En qué estás metido?», gritó ni bien entraron al auto. Juan Diego se hizo el indignado, le contestó que se trataba de un hombre que no aceptaba la naturaleza del mundo de las inversiones, luego encendió el motor sin mirarla, mientras Andreíta lloraba asustada en su silla para bebés. Giuliana le cuenta al compañero de María Luisa que a partir de allí la situación de ambos se complicó. Juan Diego se la pasaba en pijama, día y noche, café y ansiolíticos en mano, encerrado en el estudio del departamento. También decidió cambiar de número de teléfono utilizando como coartada el acoso de las compañías de *telemarketing*. Quiso ganar tiempo y solamente apresuró su caída. En ese momento

debí llamar a mis papás y dejarlo, pero hice lo contrario y me convertí en parte del problema, suelta Giuliana, la mirada perdida en una enciclopedia sobre el Perú que tiene como portada al colibrí de las Líneas de Nazca. El compañero de María Luisa asiente y se acomoda en el sillón como un niño que espera que el cuentacuentos prosiga. Tranquila, esto no sale de acá, le dice. Giuliana le explica que una tarde las llamadas empezaron a llegar al teléfono fijo. Usualmente, Juan Diego y Giuliana no contestaban, veían el aparato solo como un mal necesario para acceder a una mejor tarifa de internet. Pero el teléfono no dejaba de sonar así que una tarde Giuliana levantó el auricular. Bastó una llamada para entender la real magnitud del problema. «Aló. ¿Se encuentra Juan Diego Urbina?, ¿es su mujer? Dígale que todos los afectados estamos juntos en esto. Que ahora sí le tocará pagar». Giuliana tiró el teléfono y de inmediato lo desconectó. Temblaba como si acabara de accidentarse en el auto. No supo leer las señales del problema e ignoró las de su propio cuerpo. Buscó a Juan Diego para suplicarle que le dijera la verdad. Antes de hablar, su exesposo se acercó al escritorio, tomó un blíster de ansiolíticos del primer cajón y tragó dos pastillas de golpe. «Prométeme que no me dejarás solo», rogó, tomándola de la mano. «La cosa se me fue de control». Giuliana recuerda aquel momento completamente nítido, pero ajeno, lo mismo que contemplar un cuadro por demasiado tiempo. No puede olvidar las palabras de Juan Diego, los eufemismos que utilizaba para disfrazar el delito de error, la manera en que sus palpitaciones se aceleraban conforme escuchaba el discurso. No había culpa en la voz de su marido, solamente un miedo profundo a ser descubierto que luego la invade a ella también y se convierte en el motivo para quedarse callada. Giuliana le explica al compañero de María Luisa que todo empezó con un grupo pequeño de clientes. El negocio era real, Juan Diego y su socio recababan el dinero y lo invertían en acciones e instrumentos de bolsa. El trabajo de Juan Diego consistía en captar nuevos clientes y hacerse cargo de las inversiones más conservadoras mientras que su socio traía la rentabilidad con apuestas agresivas. Para ser un buen corredor de bolsa se necesitaba conocer en profundidad el mercado y sus

variables. Tener además la habilidad de anticipación de un jugador de tenis. Saber qué bolas atacar y en qué momento, ser consciente sobre todo del lugar que ocupa el jugador en la pista. Cualidades que Juan Diego no poseía, por eso, cuando su socio renunció y se mudó a Estados Unidos, el negocio empezó a desbarrancarse. Pasaron tres meses hasta que los primeros inversionistas retiraron su capital. Desesperado, el exesposo de Giuliana comenzó a tomar el dinero que ingresaba a la compañía para cubrir huecos y simular ser una empresa rentable. Tarde o temprano, las cosas mejorarían, pensó. Se engañó a sí mismo, como una anciana en el casino. «En cualquier momento entra la plata», le dijo a Giuliana. «Tú resuélvelo», le respondió. A partir de allí Giuliana intentó desentenderse del tema. Hizo caso omiso a las llamadas y a los correos electrónicos que también llegaban a su bandeja de entrada: «Señora Urbina, dígale a su marido…». Pero el dinero nunca llegó. Juan Diego se dedicaba simplemente a repartir la plata que captaba de nuevos clientes. Eso no lo supe hasta el final. Para mí, Juan Diego se seguía esforzando por arreglar el problema, por conseguir nuevas inversiones, suelta Giuliana en la sala de reuniones. El psicólogo hace una mueca de lástima a la par que se acomoda la corbata roja. Lo siento mucho. A veces las personas nos decepcionan. No son quienes creemos que son. Mucho menos que van a cometer un delito, le dice. Giuliana se pone más tensa. Cruza los brazos y frunce el ceño, contrariada. Le explica al hombre que Juan Diego actuó en medio de una situación desesperada. Que a pesar de todo no es mala persona. Muchas gracias por darme la oportunidad de participar en el proceso. Gracias también por escucharme, suelta en automático. Luego coge su cartera firmemente, se pone de pie y desaparece sin mirar atrás.

—¿Y después? ¿Supieron más de ella? ¿Eso fue hace cuánto? —pregunto.

—Nada. No la contacté. ¿Qué iba a decirle? Me pareció una situación rara y preferí dejarlo ahí. Normalmente, les hubiera contado al toque, pero la recordé el día del Starbucks y me dio mucha pena. Pensé, mi forma de ayudar es no decir nada. Además, no sabemos si esto último tiene que ver solamente con eso —dice María Luisa.

Cojo mi celular que se ha quedado atorado entre la pared y el colchón, la batería a punto de extinguirse. Busco el nombre de Juan Diego en internet. Encuentro apenas dos notas en las que se refieren a él como Juan Urbina. «Joven ejecutivo es denunciado por estafa. Las pérdidas ascienden a cien mil soles». «No todo lo que brilla es oro. Nuevo fraude piramidal».

—Vale, entonces por eso Juan Diego vive en Ecuador. ¿Se habrá fugado? Un motivo más para escribirle a Giuliana, por supuesto, sin tocarle el tema —insiste Daniela.

—Juan Diego vive en Colombia —corrijo.

—¡Apaguen la luz, mierdas! —grita Paloma mientras se pone de pie, se sujeta de la parte superior del camarote y le lanza un almohadazo a María Luisa.

—Los diablos azules han vuelto —digo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún roche conmigo? Aparte Giuliana nunca te cayó bien, huevona. Era obvio, desde siempre. Desde que eramos chibolas. ¿Qué tanto preguntas? —reclama Paloma.

Daniela me mira de reojo. Mi silencio es respuesta y revelación. Prefiero quedarme callada a balbucear explicaciones que no llevan a ningún lugar.

—¿Escuchan eso? Suena como un animal —suelta María Luisa que salta de la cómoda y se acerca a la puerta de la habitación.

El sonido es fácil de identificar. Se trata del aleteo de un ave golpeándose contra las paredes del exterior de la habitación. Cuando vivía en la casa de La Molina aquello era una situación común. Palomas y cuculíes ingresaban a la cocina desde la ventana que daba al jardín en búsqueda de comida y no lograban salir. Se estrellaban contra los vidrios, confundiéndolos con vías de escape, dejaban sus plumas y excremento regados sobre el piso color perla. Algunas aves se rompían el pico o el cuello en su intento de fuga. Apenas cesaba el ruido, Gustavo bajaba a la cocina a intentar ayudarlas y todo empezaba de nuevo: el movimiento violento de sus alas, la desesperación. Dicen que cuando un ave se encuentra en peligro, habla a través del aire. El aleteo genera un silbido que alerta a las demás aves. Como suele suceder con la naturaleza, se trata de un

mensaje inaccesible para los humanos. Al final, la mayor parte del tiempo lo que de verdad importa nunca tiene forma de palabra.

—¡Cierren la puerta antes de que se meta! —grito.

Paloma no hace caso y sale de la habitación. Lo siguiente que escuchamos son sus gritos y los aleteos magnificados del animal. A los pocos segundos, nuestra amiga regresa asustada.

—Puta madre. El bicho es enorme. Creo que es una lechuza. Ahorita está en la parte de arriba de la chimenea —dice Paloma, que tira la puerta del cuarto y asegura el cerrojo apurada, como si el ave fuese capaz de girar el pomo e ingresar a buscarnos.

—Debe ser la lechuza que vimos más temprano —digo.

—¿Ahora qué hacemos?

—Joder. ¿Qué nos puede hacer una lechuza? Tratemos de dormir —dice Daniela y se acomoda en posición fetal, el cuerpo enfrentado a la pared. No quiere saber más de nosotras al menos por hoy.

María Luisa apaga la luz, el olor a humedad se ha entremezclado con los restos de alcohol en nuestras exhalaciones. Ninguna de las cuatro hace conversación. Solamente nos comunicamos ante los ruidos de animal.

—¿Qué fue eso?

—¿Ya se habrá ido?

Paloma y Daniela son las primeras en caer dormidas. Igual a cuando éramos niñas. Aunque María Luisa no habla, sé que está despierta. De rato en rato, los destellos de la pantalla de su celular llegan a mí como la luz de una fogata lejana. Estoy segura de que responde correos de trabajo. Me contó hace un tiempo que es de madrugada cuando mejor lo hace, no solo porque en la quietud del nuevo día tiene las mejores ideas sino también porque se preocupa mucho del cuerpo de cada correo. Los considera casi una pieza literaria del mundo empresarial. Doy vueltas sobre el colchón de espuma vieja. Pienso en qué dirá mi hermano al enterarse de que mi padre además de deudas no tiene trabajo. Sé que querrá enfrentarlo, ahondar en el problema hasta las últimas consecuencias y armar un plan de rescate perfectamente fundamentado.

Recuerdo el día en que papá se mudó al departamento. Dejó sus

maletas sobre el sofá y se acercó a la ventana para mostrarme a un par de ardillas flacas que correteaban sobre los cables de luz. Desde ese día mi padre descorre las cortinas por la mañana y me llama cada vez que las ve, en ese momento me siento una niña. Aunque a veces no le dé importancia, yo misma las busco en el paisaje del otro lado de la ventana al despertar o volver a casa de la oficina. Las veo alimentarse entre las ramas de los árboles, bailar sobre los cables de alta tensión. Dicen que las ardillas tienen tantas personalidades como los seres humanos. Que son capaces de sentir rabia, frustración, incluso de fingir para protegerse o sobrevivir.

De pronto tengo una extraña fantasía, imagino que mi padre no abandona mi departamento. Que pasa un año y la niña que saltará a nuestra cama y se amarrará a los brazos de Martín a la mitad de la noche finalmente nace. Y con ella y mi padre juntos, llega una nueva oportunidad donde me convierto en madre y vuelvo a ser hija. Pasado, presente y futuro en una nueva realidad. Esta noche extraño a Martín, dormir junto a él es fácil, acomodo mi cabeza sobre su hombro mientras las balaceras en la pantalla atraviesan mis pupilas. Es un rito necesario como los giros que dan los perros antes de acostarse. Dicen que se trata de una herencia del tiempo en que fueron animales salvajes. Lo poco que sobrevive a su etapa de domesticación. Esparcir la hierba, marcar territorio, perder la conciencia en un lugar seguro y por fin descansar.

Lo primero que hacemos al despertar es verificar que la sala se encuentre libre de intrusos. El ave ya no está, su aparición podría haber sido un espejismo. El desorden luce tal cual lo dejamos. Vasos, platos y copas descartables regados por todo el lugar, acompañados de nuevos trozos de pintura del techo que decoran el parqué. Paloma se acerca a la cocina y bebe agua directamente de una botella de tres litros. Nos dice que ha hablado con su padre y que enviarán un gasfitero pronto, el hombre de barriga de pipa lo atenderá. Luego coge su teléfono para llamar a su familia. Les promete a Tatito que al volver a Lima irán a uno de esos parques de diversiones donde te entregan tickets que se canjean por premios y que, si no gana una cantidad suficiente, le comprará una pista de carreras. Paloma sonríe

al hablar. Le dice a Tato que él decida dónde almorzar.

—Elige tú, lo que quieras, yo solamente quiero llegar a la casa y verlos.

Regreso a la habitación para asegurarme de que nada se quede en El Refugio. *Cross check* y reportar, como en un avión antes de partir. Estoy segura de que nunca más regresaremos a este lugar. Han pasado más de quince años desde la última vez que vinimos y me quedan dudas de si nuestra amistad sobrevivirá una década más, cada vez tenemos menos anclas sobre las cuales construir. Reviso debajo de las camas, detrás del mueble pornográfico del abuelo. Serrín que han dejado las termitas al agujerear los muebles, restos de papas fritas, una botella de agua vacía que consumió Paloma en plena borrachera.

Daniela aparece en el umbral. Está lista para regresar a Lima y calculo que también a Valencia.

—Oye, ¿al final, podrás viajar a la boda? Ya queda un mes — pregunta.

—Sí, no te preocupes, yo veo cómo hago, pero ahí estaré — respondo sin tenerlo claro.

—¡Guay!

—¿Tú cómo estás con eso? ¿Todo listo? ¿Esteban?

—Muy bien, creo. Las cosas no deberían cambiar mucho en la relación luego de la boda, ¿verdad? A veces, aunque diga lo contrario, le doy mil vueltas y me enrollo y pues me repito que será nuestra misma vida solamente que en un piso más grande. Eso sí, extrañaré mucho vivir en el centro de la ciudad, con aquella ventana hacia una calle llena de bares. El piso que hemos cogido tiene muy cerca un parque donde organizan competencias para perros. Desde el balcón se pueden ver perfectamente. Esteban flipa con los concursos de raza. Se apoya en la baranda y los ve desfilar. Perros de distintos dueños que podrían ser el mismo animal, descalificados si no tienen el pelaje perfecto o la columna lo suficientemente recta. A mí me parece algo ridículo y me entra un pequeño pánico. ¿Será una señal? Nada esencial debería cambiar, ¿verdad? Somos la misma pareja.

Pienso en Daniela y en cómo a pesar de todo no deja de ser la niña que busca señales en lo que le sucede. Para bien o para mal, es una

persona que habla con el mundo, que alza los brazos y espera una respuesta. No sé si llamarlo fe, pero es algo que yo no tengo. Imagino a los perros que saltan y desfilan uno tras otro en aquel parque de Valencia, la falsa armonía que habita en el *show*, en la tranquilidad que suponen los patrones de repetición en un mundo extraño. Sé que, aunque no lo diga, el espectáculo de Paloma alimenta los nervios de Daniela. No le explicaré que a un matrimonio se ingresa a ciegas, que, aunque comparte casa con Esteban, los contratos tienen su propio peso. Que un día despertará y tropezará con un zapato en medio del corredor. Se sujetará de lo que sea para no caer. Pensará en Esteban y se llenará de rabia. Le dirá que casi se lastima por su culpa, que si acaso no puede dejar los zapatos en el lugar correcto. Querrá alzar la voz, pero recordará que las discusiones de los vecinos se cuelan por el ducto de ventilación del edificio. Él enumerará sus errores: le dirá que olvida la ropa en la lavadora, que él es el único que barre la casa. Ella se pondrá muy cerca de su rostro para que se sienta su dureza sin tener que gritar. «Nunca me vendí como algo que no era», sentenciará y abandonará la casa. Esa noche se acostarán uno después que el otro y con las luces apagadas, cualquiera de los dos soltará un tema de conversación sin importancia como bandera blanca. En algún punto, uno de los dos extenderá el brazo y abrirá la palma de la mano. Sus dedos se entrelazarán en la zona desértica del medio de la cama y al día siguiente tendrán una nueva oportunidad.

Daniela espera mi respuesta.

—Tienes que estar tranquila, ustedes son una pareja muy estable. Es imposible no cambiar… Lo que nos queda es pensar que evolucionaremos y no al contrario. Y en cuanto a la ceremonia y la fiesta, ¿cómo va la organización? —pregunto.

—Ya está todo listo. En realidad es algo muy pequeño, sobre todo familia y algunos amigos de Esteban de Vigo. Espero de verdad verte allí en representación de las demás. Vamos, que Paloma está desesperada por volver a su casa...

Encontramos la maletera de mi auto abierta y a María Luisa examinando una de las bolsas que trajimos al paseo. No hemos utilizado ni el veinte por ciento de los objetos del cotillón. María Luisa

le muestra a Daniela una vincha de diablo forrada en gamuza roja, luego un silbato en forma de pene y un póster del juego «Ponle la cola al burro» versión despedida de soltera.

—¿Te quieres llevar algo de recuerdo a España?

Daniela registra la bolsa, elige un antifaz y un polo rosa que dice «Lo siento, chicos, esta mujer se casa».

—Con esto basta como recuerdo, no quiero que me detengan en el aeropuerto.

Paloma anuda la bolsa y la lleva al punto de acopio de basura.

—Me quedé pensando, ¿no habrá alguna forma de ayudar a Giuliana? No en tu chamba, pero en otro lado, tú eres la que tiene más contactos —le digo a María Luisa mientras acomodamos los maletines en el auto.

—Lo he analizado, pero… ¿cómo voy a recomendar a una persona así, huevona? Es muy complicado. No creas que no lo pienso todos los días, no es fácil —responde sin mirarme.

La veo colocar un maletín sobre otro, desesperada porque las cosas quepan a como dé lugar.

—No va a cerrar. Que algo vaya en el asiento trasero, nomás —le digo, señalando el bulto más aparatoso.

Pero María Luisa insiste en su lucha, presiona y reorganiza.

—Si entró todo cuando vinimos, tiene que caber todo de vuelta. Además, son menos cosas —responde fastidiada.

Acomoda los bultos una vez más y trata de cerrar la puerta de la cajuela bajo presión. Al cuarto intento, escuchamos que algo revienta dentro. Rápidamente el olor a ají huacatay viaja entre los paquetes. Paloma ubica la causa del problema, coge una bolsa embadurnada de salsa y la lleva hacia al basurero. Gotas de ají huacatay caen sobre el jardín a medida que avanza.

—Es suficiente. Yo llevo uno de los maletines en mis faldas —le dice a María Luisa.

Aunque tenemos menos equipaje, la carga se siente pesada. Conduzco el auto por la avenida principal de El Refugio. Frente a mí, un par de ardillas atraviesan la vía llena de cráteres y trepan por el denso y enrevesado tronco de un molle. Un poco más adelante, afuera

de la urbanización, a un lado de la carretera, alcanzo a ver una de esas antenas telefónicas que las autoridades camuflan disfrazándolas de árboles. Cerca de mi departamento también tenemos una. Mide más de quince metros y, a pesar del viento, sus ramas permanecen estáticas. Sus hojas son de un verde demasiado intenso como para ser natural. No engañan a los hombres, mucho menos a los pájaros que siguen construyendo sus nidos en los jacarandas y molles vecinos. Menos aún a las ardillas que pasan de largo. Fauna urbana versus naturaleza muerta.

—¿Va a llover? Este clima está loco —suelta Paloma ni bien rodamos sobre la carretera.

A lo lejos, la bifurcación de la vía que nos conducirá a la Ramiro Prialé, las paredes pintarrajeadas del zoológico de Huachipa, las familias que esperan junto a la puerta para ingresar al falso espectáculo de la vida salvaje. Quizá bastaría con que miren a su alrededor y observen con mayor atención a quienes tienen cerca. A mi lado, María Luisa contesta una llamada en la que da un sermón sobre responsabilidades a un hombre llamado Julio. Daniela repite una vez más que ni bien vuelva a España le escribirá un correo a Giuliana. Paloma está de acuerdo o finge estarlo, apoya la cabeza en la ventana y cierra los ojos. Quiero hablarles de aquel documental sobre aves migratorias que vi junto a Martín, decirles que se están quedando sin refugios de paso, que vuelan kilómetros para estrellarse contra lagos secos y cambian de ruta de vuelo desorientadas. Decirles que tengo miedo, que no quiero que el último bastión de nuestra amistad termine por convertirse en un grupo de WhatsApp. Pero no abro la boca, tomo mi celular y elijo una *playlist* de mi presente. Suena *A Sunday Smile* de Beirut. Espero quejas o burlas, pero nadie dice nada, claramente ya no estamos aquí.

Penguin Random House Grupo Editorial

Vida animal

© 2024, María José Caro
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Alfaguara es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

ISBN: 978-612-5020-80-2
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2024-02628

Primera edición: marzo de 2024

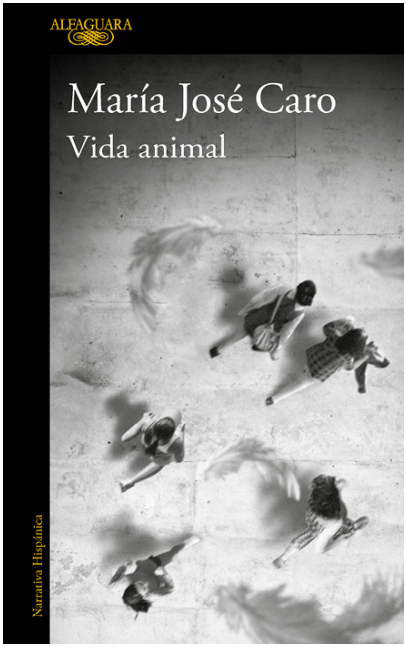
Conversión a e-book: Apollo Studio

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

María José Caro

Nació en Lima en 1985. Es comunicadora social por la Universidad de Lima y tiene un máster en Comunicología Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido colaboradora de *Buensalvaje* y miembro del comité editorial de la revista literaria *Un Vicio Absurdo*. En 2017, fue incluida en el Bogotá39, que destaca a los jóvenes escritores más prometedores de América Latina. Ha publicado los volúmenes de relatos *La primaria* (2012) y *¿Qué tengo de malo?* (2017), el libro de literatura infantil *Corazón de titanio* (2019), y la novela *Perro de ojos negros* (2016).

Fotografía de autor: © Juan Carlos Granthon
Diseño de cubierta: Apollo Studio



«Esa tarde nos sentimos invencibles y más unidas que nunca, sin saber que éramos pájaros volando juntos por última vez antes de que llegase el invierno».

Tras un tiempo sin verse, cuatro amigas se reencuentran en una casa de campo en Chosica para la despedida de soltera de una de ellas. El entusiasmo inicial viene acompañado de recuerdos y confidencias que pronto tensan el ambiente. Al intercambiar las dudas sobre su rol de parejas, madres e hijas, la reunión se transforma en un reflejo de sí mismas, de sus vínculos agrietados; se preguntan entonces qué las mantiene unidas. La evocación de su niñez y adolescencia permite contrastar el ayer y el ahora de mujeres que experimentan las vacilaciones de una adultez aún inexperta y el desgaste que el tiempo les imprime a las relaciones humanas, así como la dura carga de los secretos que arrastran. Porque acaso la amistad sin proximidad, como dice la narradora de esta historia, es solo «un vehículo para honrar el pasado».

Por medio de una prosa depurada e introspectiva, María José Caro reconstruye en *Vida animal* el acotado perímetro urbano de una

juventud limeña en el umbral de un nuevo siglo. Una generación que lleva sobre sí el pasado errático de sus padres y la inquietud ante un presente de responsabilidades e incertidumbres aún por definirse.